

The background features a dark, almost black, marbled texture with swirling, organic shapes in shades of dark grey and charcoal. Overlaid on this is a white grid of thin lines, creating a series of squares across the entire page. The text is centered within one of these squares.

**SINOPSIS,
SENTIDOS DE NACIÓN**

SINOPSIS, SENTIDOS DE NACIÓN



CRÉDITOS

SERVICIO NACIONAL DEL PATRIMONIO CULTURAL (SNPC) – 2020

Director y responsable legal: Carlos Maillet A.

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Directora: Macarena Ponce de León A.

EXPOSICIÓN: *Sinopsis, Sentidos de nación*

Septiembre 2020 – Febrero 2021

CATÁLOGO

ISBN: 978-956-7297-53-5

Propiedad Intelectual N° 2020-A-7778

TEXTOS: Manuel Correa, Iván Jaksic, Andrés Núñez, Susana Gazmuri, Isabel Aninat

FOTOGRAFÍAS: Marina Molina, Claudio López

COORDINACIÓN: Isabel Alvarado

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: Alejandra Lührs

IMPRESIÓN: Andros Impresores

EXPOSICIÓN

CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN: Carmela Guarello, Gregory Ortega, Leslie Silva

DOCUMENTACIÓN: Carolina Barra, Marcela Covarrubias, Ximena Gallardo

INVESTIGACIÓN Y TEXTOS: Manuel Correa

MUSEOGRAFÍA: Amercanda, Eloísa Cruz, Mario Ormazábal, Moisés Rivera

COORDINACIÓN: Eloísa Cruz

ADMINISTRACIÓN: Marta López

AGRADECIMIENTOS

A Konstanza Cabello, Josefina Ortúzar, Leone Sallusti e Isidora Soto por su colaboración para la investigación bibliográfica de la muestra.

Museo Histórico Nacional

Plaza de Armas 951, Santiago de Chile

www.museohistoriconacional.cl

DISEÑO PORTADA: Amercanda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	4
Macarena Ponce de León	
INTRODUCCIÓN	7
Iván Jaksic	
I. CHILE HORIZONTAL	15
De la memoria y el olvido: el país de las cuencas y la invención geográfica de Chile	17
Andrés Núñez	
Las naciones de Chile	27
Manuel Correa	
II. CHILE VERTICAL	39
Los sentidos de nación en el siglo XIX	41
Susana Gazmuri	
Construir en vertical	45
Manuel Correa	
III. CHILE DESCENTRADO	55
¿Cuántos y quiénes somos? Las complejidades de un Chile descentrado	56
Isabel Aninat	
Pintar fuera de las líneas	64
Manuel Correa	
BIBLIOGRAFÍA	76

PRESENTACIÓN

Esta publicación acompaña la exposición *Sinopsis, sentidos de nación* del Museo Histórico Nacional. Es el resultado de más de 18 meses de trabajo, y es heredera de un largo proceso de diagnóstico acerca de la interpretación de la historia de Chile que exhibe el MHN, realizado con el objetivo de renovar íntegramente ese relato. De ahí el nombre de la muestra: *Sinopsis*, porque explora cómo narrar la historia con empatía hacia quienes vivieron antes que nosotros, y *sentidos de nación* porque el punto de partida de esta tarea es responder a la pregunta de lo que nos ha hecho permanecer unidos en el tiempo y en este territorio a pesar de nuestras diferencias.

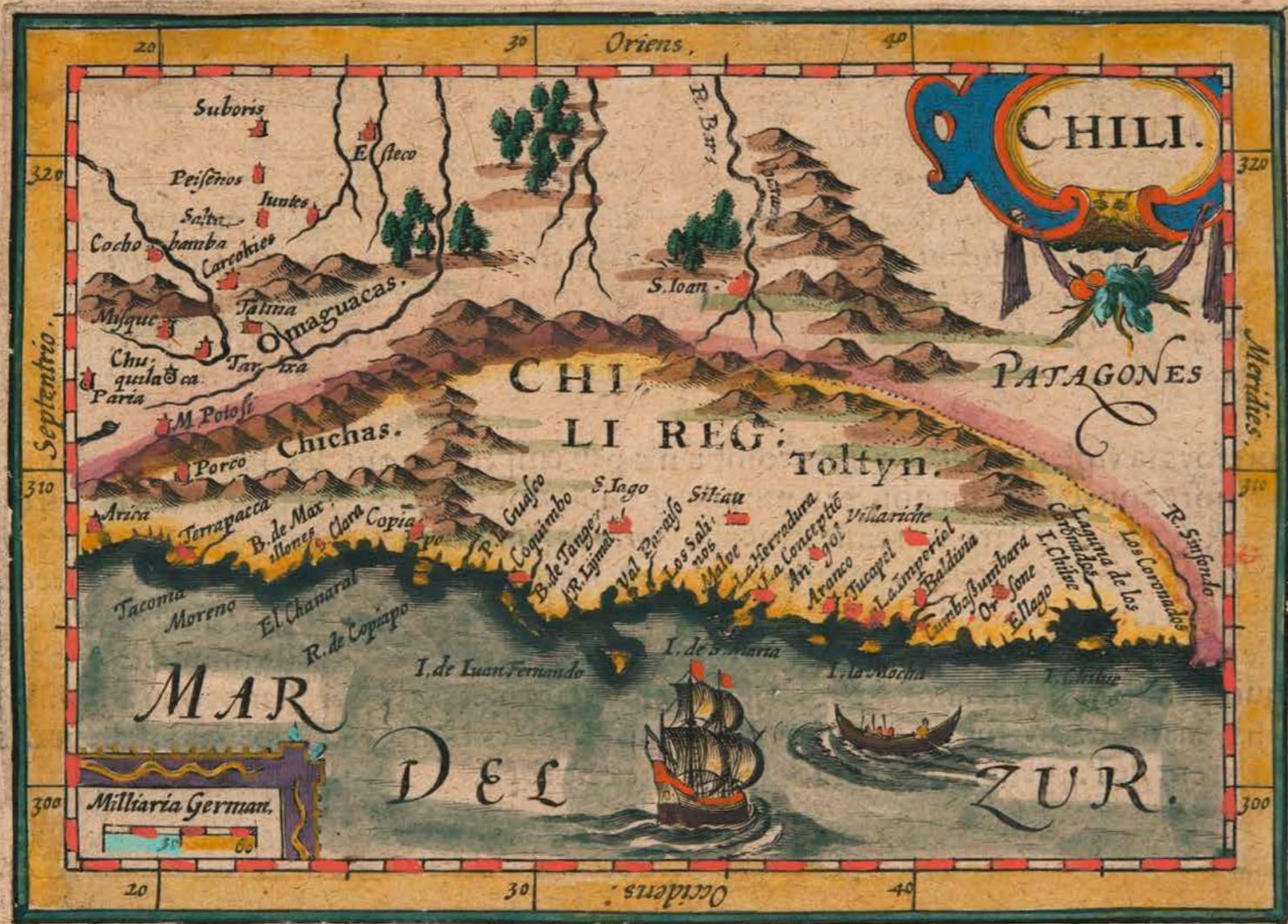
Al contrario que hace un siglo, cuando la nación estuvo comprendida en el Estado, y se fundó nuestro Museo, hoy sabemos que “nación” es un concepto reciente en la historia de larga duración de la humanidad, utilizado para designar grupos de personas, incluso muchas veces usado por una comunidad para definirse frente a otros; es una idea plural, compleja de asir y, al mismo tiempo, la usamos a menudo para indicar nuestros sentidos de pertenencia e identificar el lugar de donde venimos y a quienes pertenecemos. Cuando nos preguntan por nuestra nacionalidad, por ejemplo, contestamos con naturalidad el país en el que nacimos, o en el que lo hicieron nuestros padres, o hemos residido por largo tiempo. De hecho, el término latino *natio* refiere al suelo de origen, a su gente. De él derivan también las palabras naturaleza y nativo, y es por esto que se siente como raíz. Sin embargo, en un mundo globalizado y de naciones trenzadas por migraciones, nuevas reivindicaciones colectivas, avances comunicacionales y el redibujo de las fronteras nacionales, se abre la pregunta por el sentido que nos hace ser nación.

La exposición *Sinopsis, sentidos de nación* explora sus significados en tres tiempos históricos. En un primer momento se presenta *Chile horizontal*, cuando el concepto designaba ‘pueblos’. Quienes habitaron en los siglos XVII y XVIII, hablaban de ‘nación’ para referirse a grupos específicos, y las naciones coloniales habi-

taban entre ríos y valles de cordillera a mar: un mundo de este a oeste. En un segundo momento se despliega *Chile vertical*, que corresponde al país largo y angosto que surgió a partir de la Independencia, en donde la nación devino en un solo ‘pueblo’ y un solo territorio. Como ya se ha dicho, era común relacionar esta nación con el Estado, porque fue la institución que la condujo como Estado-nación y construyó un país nuevo de norte a sur. Finalmente se presenta *Chile descentrado* por medio de la intervención de las colecciones del segundo piso del MHN para dar cuenta cómo, a partir del último tercio del siglo XX, se desdibujaron las fronteras y los Estados nacionales, lo que dio paso a una compleja interacción de identidades individuales y colectivas que conjugan nación con etnia, comunidades, política y movimiento.

La narración de este viaje cuenta con la mirada de cuatro reconocidos expertos, cuyas asertivas reflexiones dan un sentido de unidad a los procesos en los que se descubren los diversos sentidos de nación con los que hemos construido lo que hoy es Chile. A nombre del equipo del Museo Histórico Nacional, agradezco con cercanía la colaboración de Iván Jaksic, Andrés Núñez, Susana Gazmuri e Isabel Aninat. Asimismo, agradecemos al Museo de Historia Natural de Valparaíso, al Museo de Bellas Artes de Valparaíso, al Museo de la Educación Gabriela Mistral, a la Biblioteca Nacional y al Archivo Nacional; todas instituciones colaboradoras que han confiado en nosotros y han puesto a disposición del MHN objetos de sus colecciones.

Macarena Ponce de León A.
Directora
Museo Histórico Nacional



INTRODUCCIÓN

Iván Jaksic'
Premio Nacional de Historia

Chile fue territorio antes que nación. La conquista española incorporó a lo que llegó a ser Chile como parte de un imperio transoceánico, pero su control del espacio fue precario. Si bien logró establecerse en el Valle Central, y en el norte hasta las inmediaciones de La Serena, no logró avanzar en el sur más allá del río Biobío debido a la tenaz resistencia Mapuche. La frontera forjó una vida colonial en la que alternaron largos períodos tanto de guerra como de paz. El componente peninsular era pequeño en comparación con la población Mapuche (además de una multiplicidad de otros pueblos originarios tanto en el norte como en el sur). En lo social y étnico, el proceso de mayor importancia fue el mestizaje, que llegó a constituir el segmento poblacional más significativo hacia fines del período colonial.

En este contexto el sentido de pertenencia se encontraba muy disperso y se remitía a centros urbanos, a zonas fronterizas, a regiones agrícolas y ganaderas, y a una población flotante, mestiza y desarraigada, que transitaba entre las diferentes regiones del país. Entre los pueblos originarios, la comunidad Mapuche seguía un patrón diferente de asentamiento, más relacionado con sus símbolos y tradiciones. Una de las pocas áreas de pertenencia más transversal se encontraba en la religión católica, que proporcionaba los ritos y las rutinas del vivir diario. También el lenguaje, en la medida en que el castellano se fue generalizando y llegó a ser el predominante hacia fines del período colonial. Chile era un territorio fragmentado, sin mayor conciencia, y menos aun control, de sus difusos límites. Se trataba de un Chile "horizontal", como los valles de cordillera a costa.

Pocos eran, por tanto, los elementos para identificar a Chile como nación moderna. Algunos hitos importantes, sin embargo, contribuyeron a crear un sentido de pertenencia a un país. En primer lugar, la creciente conciencia del aislamiento geográfico respecto de la metrópolis imperial, e incluso del virreinato del

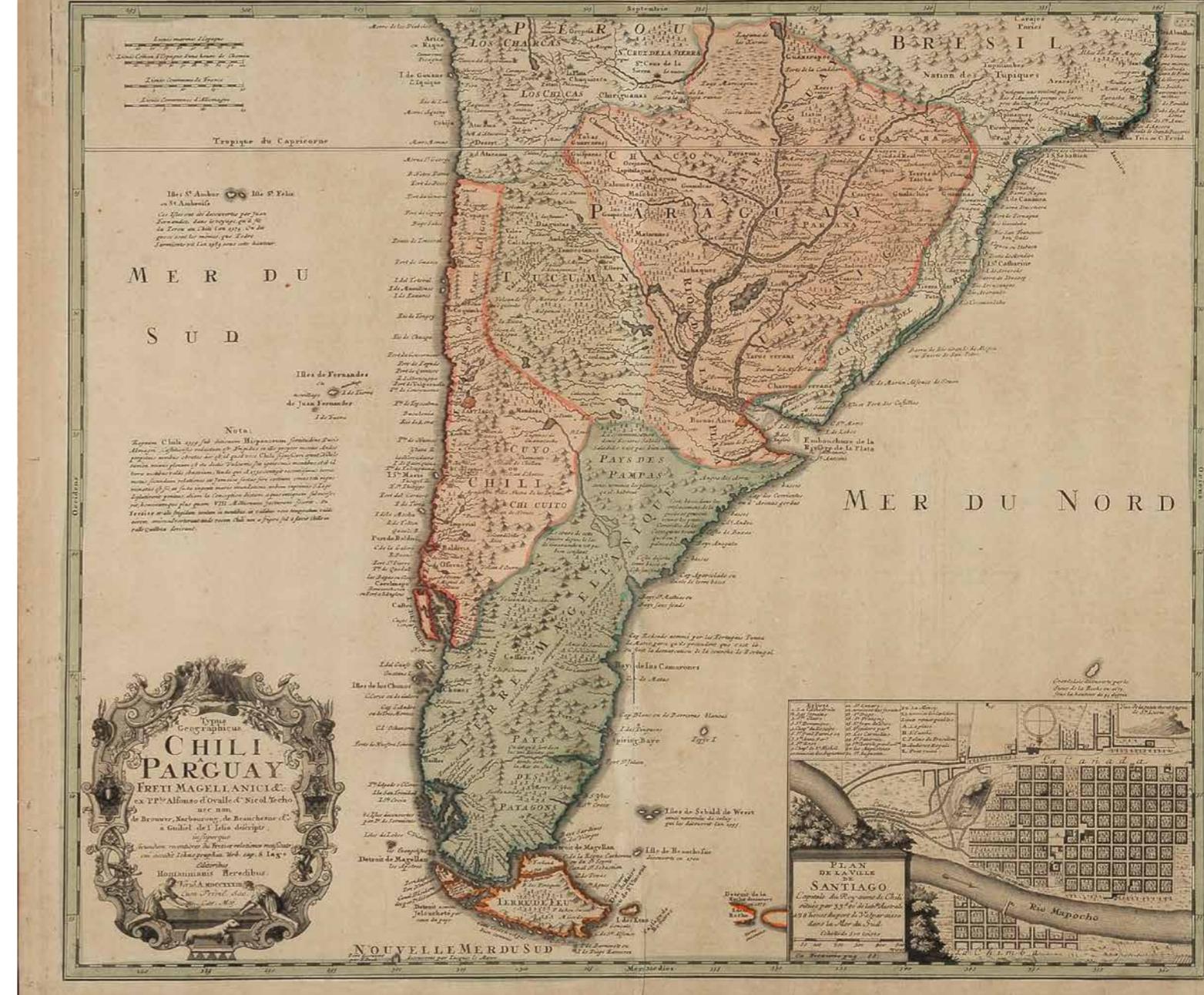
Description du Royaume de Chili (Descripción del Reino de Chile)
Desconocido
1600-1616
Grabado sobre papel
MHN 3-40357

Perú: una gran cordillera, un desierto, una zona de frontera, y un enorme océano demostraban que esta era, más que una sensación, una realidad. En lo social y político, el surgimiento de una clase criolla agregó un sentido de separación entre los intereses locales e imperiales que dieron fundamento a lo que se concretaría más tarde con la Independencia. A ello contribuyeron además la expulsión de los jesuitas, que impactó particularmente a los criollos, y las políticas económicas inestables y excluyentes del imperio español. Así se dan los primeros pasos en la creación de un Chile “vertical”, es decir, la noción de un país que compartía algunos intereses comunes.

Sin embargo, como en otras partes del continente, las diferencias sociales, regionales, étnicas y políticas hicieron del proceso de integración vertical, a través de la independencia, un tránsito doloroso e incierto que retardó la consolidación del Estado nacional. Los diversos reglamentos constitucionales de la década de 1810 y las varias constituciones de la década de 1820 muestran las dificultades de integrar al país política, territorial y socialmente. Chile surgió como nación en medio de fuertes divisiones, las que se lograron superar solo de modo parcial a lo largo del siglo XIX, por ejemplo en cuanto a los alcances del sistema representativo. ¿Quiénes podían votar? ¿Quiénes eran ciudadanos? ¿Qué papel jugaba la propiedad y la alfabetización?

Un problema importante era cómo afianzar la legitimidad política en una provincia remota regida por siglos por una monarquía y que aspiraba a ser república. Sin embargo, no hubo consenso respecto de la república deseada, y el experimento federalista de los años 20 derivó en un fracaso que determinó el desarrollo político posterior. Surgió como reacción la nación más vertical, con un Estado poderoso dedicado a la consolidación de la soberanía territorial y política. La tendencia la marcó la Constitución de 1833.

Esta Constitución fue sin duda una constitución centralista, presidencialista y autoritaria, la que surgió luego de una guerra



Chili a Paraguay. Freti Magellanici (Chile y Paraguay. Estrecho de Magallanes)
Alonso de Ovalle, Nicol Techo y Homann Erben
1733
Grabado sobre papel
MHN 3-38650



Almanaque Nacional.

PROVINCIAS de la república, i sus habitan- tes, segun el censo de 1875.	NOMBRE i poblacion de las capitales de cada provincia.
ATACAMA..... 71,498	COPIAPO..... 11,452
COQUIMBO..... 157,917	SERENA..... 12,293
ACONAGUA..... 152,799	SAN FELIX..... 9,422
VALPARAISO..... 178,223	SAN PABLO..... 97,737
SANTIAGO..... 365,940	SANTIAGO (1)..... 150,267
CONCHAGUA..... 147,854	SAN FERNANDO..... 5,177
CHIRIQUI..... 92,858	CHICO..... 3,672
TALCA..... 110,388	TALCA..... 17,426
MAULE..... 118,474	CAUQUENES..... 6,013
LIMARIE..... 118,761	LINARES..... 6,447
NOBILIA..... 83,871	CHILLAN..... 19,084
CONCEPCION..... 151,470	CONCEPCION..... 18,277
BIO BIO..... 76,898	LOS ANJELES..... 4,570
ANGOL (territ. de col.)..... 20,056	ANGOL..... 2,845
ARAUCO..... 61,507	LIEQU..... 5,783
VALDIVIA..... 50,525	VALDIVIA..... 3,872
LLANQUIHUE..... 48,492	PUEBLO MONTE..... 2,137
CHILOE..... 64,536	ANGUD..... 4,336
MAGALLANES (territ. de col.)..... 1,144	PUNTA ARENAS..... 915
TOTAL..... 2,075,971	

NOMBRE i poblacion de los principales puertos de la República.

CALDERA..... En la prov. de Atacama..... 2,082
CHASABAL..... id. id. 2,084
CARIBITAL BAJO..... id. id. 1,042
HUASO..... id. id. 353
COQUIMBO..... id. Coquimbo..... 5,077
QUAYACAN..... id. id. 1,350
TOSGOL..... id. id. 1,833
VALPARAISO..... id. Valparaiso..... 97,737
CONSTITUCION..... id. Maule..... 6,542
TOME..... id. Concepcion..... 2,529
TALCAHUANO..... id. id. 2,465
COLONEL..... id. id. 5,428
LOTA..... id. id. 4,642
LIEQU..... id. Arauco..... 5,783
COHAI..... id. Valdivia..... 627
PUEBLO MONTE..... id. Llanquihue..... 2,137
ANGUD..... id. Chiloé..... 4,336
PUNTA ARENAS. Territorio de Magallanes. 915

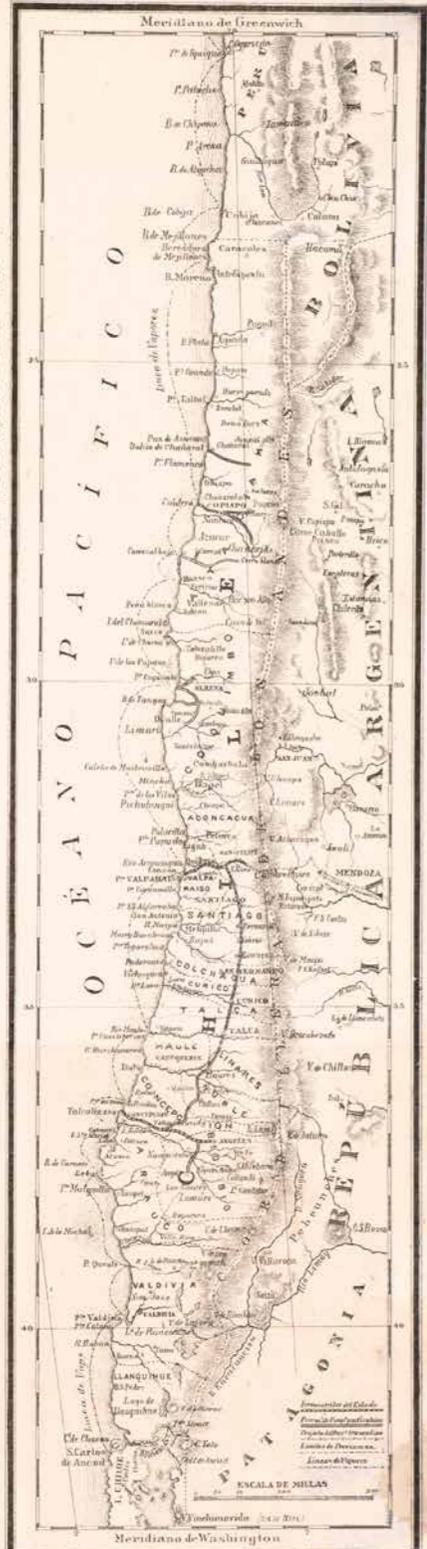


LITOGRAFIA
Calle Aduana N.º 50
H. C. GILLET

ESPECIALIDAD PARA
TARJETAS
MONOGRAMAS
DE COLORES
ETIQUETAS

Expresiones de todas Clases

FÁBRICA DE TIRROS EN BLANCO



Mapa para la inteligencia de la Historia Física y política de Chile
Claudio Gay
1854
Impresión sobre papel
Colección Biblioteca Nacional de Chile.

civil. Contenía, sin embargo, elementos de liberalización, que fueron gradualmente imponiéndose en las décadas siguientes. La apertura comercial, la victoria militar contra la Confederación Perú-Boliviana y la inmigración aportaron de diferentes formas a la consolidación del Estado y al surgimiento de un sentido de nación. El comercio generó recursos, empleo y el desarrollo de la infraestructura terrestre y portuaria. La guerra, incierta en su momento, creó los símbolos que generaron un sentido de comunidad nacional que incorporaba a los sectores populares. La canción de Yungay, y la celebración del “roto” chileno son ejemplos del surgimiento de un nuevo ideario nacional.

La inmigración incorporó también nuevas visiones y experiencias por parte de figuras como Andrés Bello, Ignacio Domeyko y Domingo Faustino Sarmiento, quienes, entre otros, aportaron elementos institucionales, culturales, científicos y educativos de larga duración. Uno de los grandes logros del período fue la instalación de un concepto de ciudadanía basado en la igualdad ante la ley, la que fue codificada y afianzada mediante el uso cada vez más extendido de la palabra escrita en la educación y en la judicatura.

Chile en el siglo XIX se perfilaba como nación consolidada ante los ojos del mundo. No obstante, padeció otras tres guerras civiles (1851, 1859 y 1891) y una guerra internacional (la del Pacífico), además de múltiples crisis económicas e institucionales. El proceso de secularización de la sociedad fue conflictivo; el presidencialismo hizo crisis hacia finales del siglo; las divisiones regionales se acentuaron, sobre todo en Concepción y Coquimbo, y las condiciones de vida y trabajo no mejoraron al ritmo del crecimiento de la población. Existía un mayor sentido de pertenencia, pero no era transversal y se remitía a símbolos (el escudo nacional, la bandera, las monedas, la canción nacional) más que a realidades.

Entrando el siglo XX, aunque con raíces en el XIX, surgían nuevas identidades sociales, políticas y de género. El país se hacía más complejo y diverso, desafiando así tanto al sentido

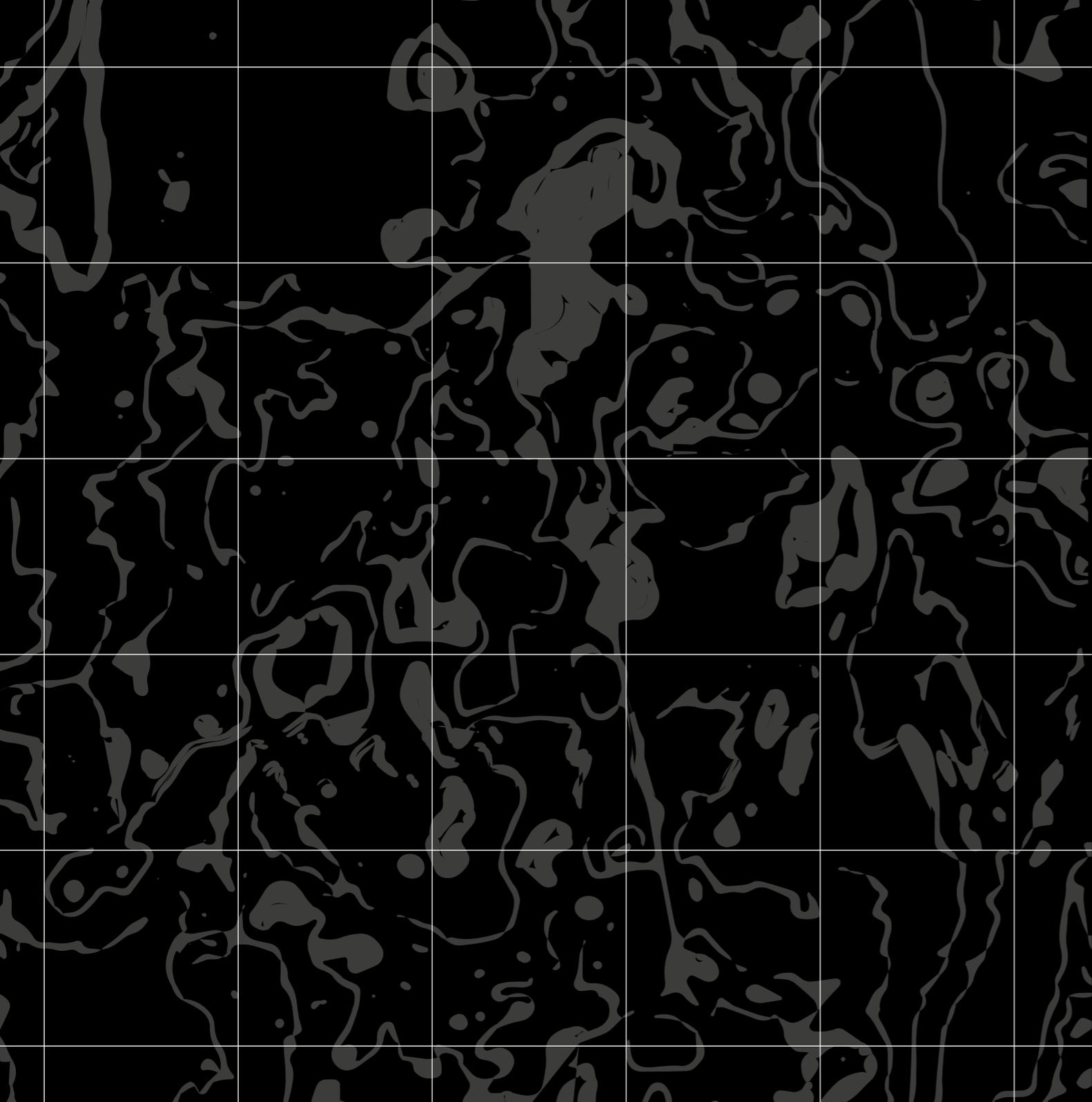
de pertenencia nacional como a las instituciones para que representasen efectivamente a las nuevas tendencias. Diferentes sectores de la sociedad, incluyendo el obrero y una emergente clase media, se organizaron en torno a partidos políticos; comenzó a hablarse más de democracia que de república; las mujeres conquistaron al fin el voto, y los sectores rurales pudieron participar más libremente en el sistema democrático gracias a la eliminación del cohecho a través de una papeleta electoral única emitida, en 1958, por el Estado. El voto secreto impulsó la democratización al impedir que extraños influyeran en las preferencias políticas individuales.

La cultura amplió su ámbito para incorporar elementos populares, si bien algunas expresiones, como la música, tenían un fuerte componente ideológico. Durante el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, Chile fue más y más receptivo a las tendencias globalizantes como la música rock y pop, la moda, el cine, la televisión y la literatura. Lo nacional simbólico con su componente rural y guerrero fue disolviéndose, o quizás enriqueciendo con un importante rasgo internacional. Las telecomunicaciones ampliaron y aceleraron un sentido de pertenencia cada vez más global.

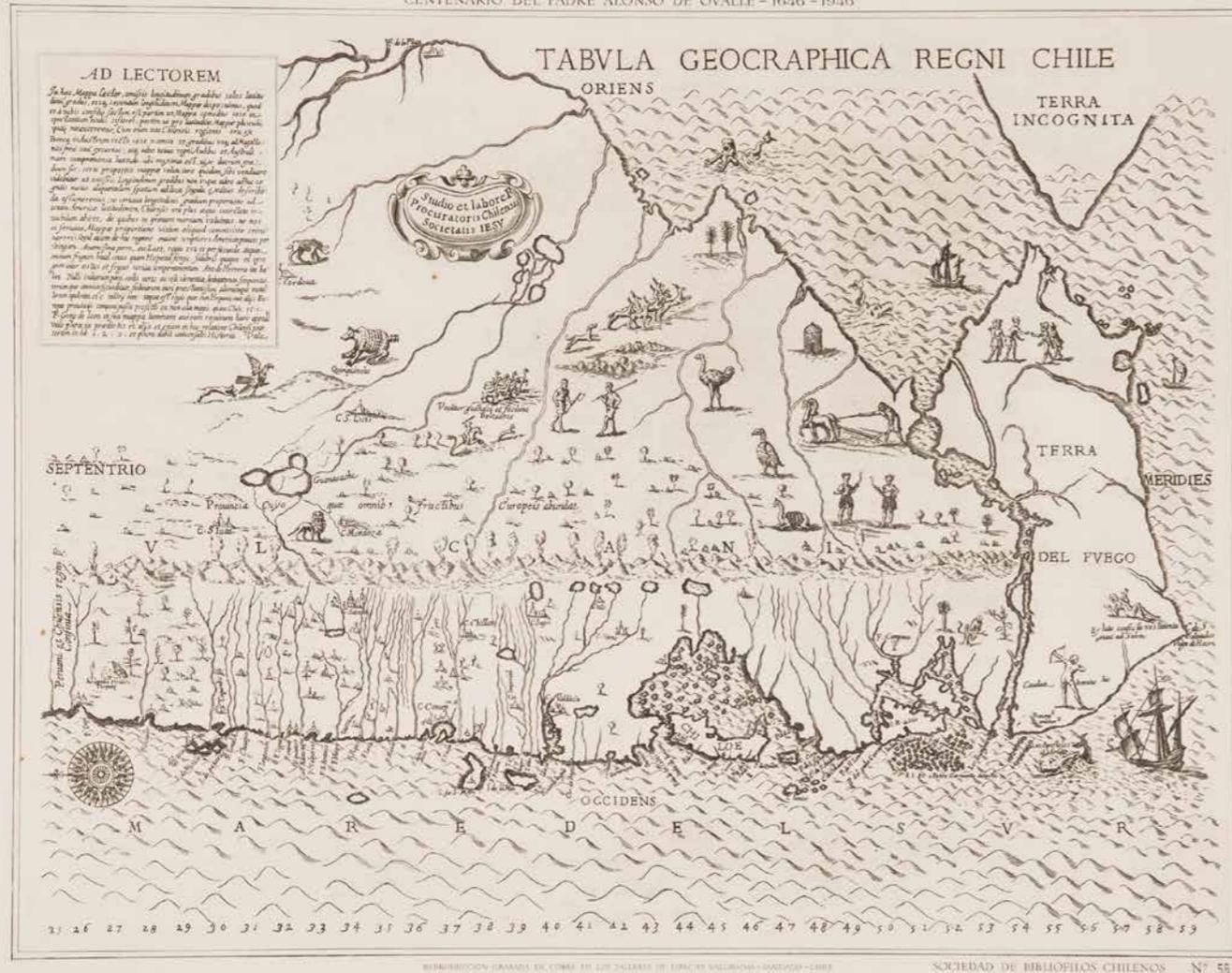
La diversidad social, cultural y política también conllevó una polarización, que unida al conflicto ideológico y al modelo económico redistributivo del período de la Unidad Popular, desembocó trágicamente en el golpe militar de 1973. Durante casi diecisiete años de dictadura, tristemente famosa por las violaciones de los derechos humanos, se intentó forjar una unidad patriótica en torno a valores cristianos occidentales, antipolíticos y, sobre todo, antimarxistas. No era un Chile para todos. Surgió de allí una revalorización de la democracia y de la tolerancia que se manifestó en amplios movimientos ciudadanos contra la dictadura. Este movimiento triunfó con el plebiscito de 1988 e inauguró uno de los períodos más largos y sostenidos de estabilidad política y crecimiento económico en la historia de Chile. El Estado ya no era el principal actor; la nación se manifestaba de múltiples formas, sobre todo anhelando una mayor cohesión social.

Sin embargo, las diferencias no fueron completamente superadas. Los legados de la dictadura, cuyos principales elementos (sistema electoral, senadores designados, artículos antidemocráticos) fueron gradualmente eliminados o neutralizados, pero surgieron nuevas demandas sociales que las instituciones democráticas no han logrado captar. El sistema económico ha sido denunciado como injusto, e instituciones como la Iglesia, las Fuerzas Armadas, los partidos políticos y el empresariado han perdido parte importante de su legitimidad debido a casos de corrupción y abusos. Las nuevas generaciones han demostrado un malestar y frustración cuando exigen el reconocimiento de sus peticiones e identidades, mientras que los pueblos originarios manifiestan las demandas de aceptación propias de un Estado plurinacional. Surgió así un Chile “descentrado”, en que la idea vertical de lo nacional entró en crisis. Además, la nueva inmigración y el envejecimiento de la población han planteado desafíos inéditos para el funcionamiento y financiamiento de las instituciones.

A esto debe agregarse, en el siglo XXI, un contexto político particularmente complejo, donde el concepto mismo de ciudadanía en un sistema democrático ha perdido su connotación de unidad colectiva para enfatizar los derechos individuales o específicos de las nuevas identidades. Los desafíos del Chile de hoy, como los de ayer, son los desafíos de integrar una sociedad plural cada vez más resistente a una narrativa unitaria. Es un Chile descentrado, caracterizado por el movimiento, por la diversidad y por la búsqueda de una pertenencia legítima y sostenible dada la velocidad de los tiempos históricos.



I. CHILE HORIZONTAL



De la memoria y el olvido:

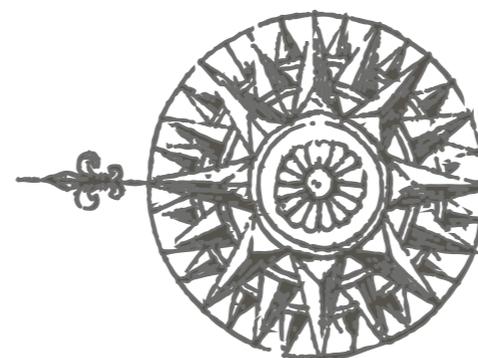
el país de las cuencas y la invención geográfica de Chile

Andrés Núñez
Historiador

“Los viajes son los viajeros.
Lo que vemos no es lo que vemos,
sino lo que somos”.

Fernando Pessoa

Hablar de Chile horizontal no necesariamente nos remite al pasado sino más bien a una historia del presente, tal vez de manera más exacta, a historias del presente, en plural. ¿Existe una historia del pasado? ¿Están los hechos en otro tiempo? Una respuesta a esta pregunta no es fácil o sencilla, aunque en la actualidad parece más evidente que si bien hay huellas materiales, el pasado tiene relación con los marcos hermenéuticos desde donde –de tanto en tanto– cada sociedad va buscando responder asuntos que la inquietan, o de los que necesita encontrar alguna explicación. El pasado, en consecuencia, solo existiría como interpretación. Al mismo tiempo, la pregunta sobre los hechos y el pasado nos remite a la memoria y el olvido, a las memorias oficiales y a las memorias silenciadas o, tal vez mejor, silenciosas. Hablaremos de esto en las siguientes líneas, en una empresa que bien podría tomar al menos un libro. Partiremos recurriendo a Tzvetan Todorov, filósofo y teórico literario búlgaro que nos dejó hace ya unos meses. Él planteó algo que desde nuestra perspectiva es crucial para pensar el Chile horizontal: “la memoria es olvido”. Es decir, la principal característica de la memoria es el olvido, a diferencia de lo que comunmente se estima o cree. Es por esto que le llamaba tanto la atención que a lo que conserva información en un computador le llamen “memoria”. En el ámbito de lo que se conoce como Historia (sí, ahora con mayúscula), la memoria no es tan fija como se supone que es en el ordenador, aunque no pocas personas o instituciones deseen o crean que la Historia es una suerte de telón de fondo, inamovible. Bajo esas creencias culturales es desde donde principalmente se despliegan intereses y mediaciones atentas por anclar a la memoria en una sola narración o perspectiva. Surgen entonces las siguientes preguntas ¿Cómo se fija la memoria de una nación? ¿A quién representa la idea de una memoria común? ¿Es inamovible esa memoria?



Tabula Geographica Regni Chile (Tabla geográfica del reino de Chile)

Alonso de Ovalle

Reproducción de 1946, del original de 1646

Grabado sobre papel

MHN 3-28950

La nación y su historia no preexisten a sus relaciones de poder

Partamos por decir que la memoria común apela a una escala amplia. La nación, o lo que comprendemos por nación, es producida desde una escala que involucra una dimensión en cierto modo universal y uniforme que remite a una supuesta e inevitable identidad común. Con el tiempo esa producción identitaria termina por “naturalizarse” y anclarse en una tradición inmóvil de la que pareciera no es posible moverse. Surgen allí íconos y simbolismos que resultan intransables o incuestionables. Desde este punto de vista, como muy bien formuló hace ya varios años Benedict Anderson, la nación pareciera ser antes un acuerdo cultural que un asunto administrativo o político. En otras palabras, los habitantes de la nación dirán que pertenecen a ella, porque, precisamente, “hay muchas cosas que los unen”. Una de ellas es “una memoria común”.

En tal tarea cultural, la Historia (nuevamente con mayúscula) cumple un rol clave, porque termina incidiendo de modo vital en cómo es interpretada una nación y su memoria. Como la escala de narración tiende a lo homogéneo, para el caso a lo nacional, la arquitectura de la memoria debe dar respuesta de modo lo más estable posible a lo que los habitantes puedan recurrir: una geografía nacional, una historia nacional, héroes nacionales, una organización nacional, etc. Pero ¿son estos hechos inalterables o solo son la cara visible de una representación cuyos alcances no son ajenos a los engranajes del poder? En otras palabras, ¿Cómo y desde quiénes surge una interpretación de los hechos, bajo qué relaciones de fuerza?

En tal contexto, es decir, la intención de darle a la memoria un carácter homogéneo y universal y, a su vez, instalarla en un sitio de inmovilidad, como un escenario que difícilmente puede rotar, lleva a que se desenvuelvan agencias sociales que están en constante creación y fabricación de mecanismo a través de los cuales la población nacional pueda reconocer e internalizar que pertenece precisamente a una comunidad en apariencia tan eterna (a-temporal) como cohesionada (homogénea). El tiempo nacional



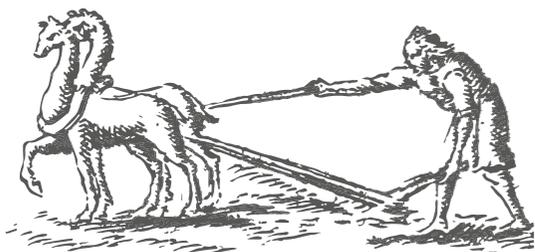
instalado en el futuro y las fronteras nacionales juegan en ello un rol clave, entre muchos otros mecanismos, como la escuela, los símbolos patrios, la alimentación, la salud, por nombrar algunos.

En otras palabras, la representación de la vida social en un espacio compartido bajo los parámetros de lo nacional terminará produciendo una pertenencia y adhesión que es, al final, tan cultural como política: “La nación llena el vacío dejado por el desarraigo de las comunidades y las familias y transforma esa pérdida en el lenguaje de la metáfora. La metáfora transfiere el sentido del hogar y la pertenencia a través de distancias y diferencias culturales que separan la comunidad imaginada del pueblo-nación” (Bhabha 2011: 176).

Entre otros múltiples resultados, la nación y a partir de allí, la historia nacional construye una “historia territorial” que es aprehendida por la población de modo centralizado y vertical. El territorio vertical, como veremos, tomó muchas décadas en consolidarse, de hecho más de un siglo, con un ferrocarril como actor que dibujaba las áreas productivas, también llamados espacios vacíos o incivilizados, y con un Santiago que articulaba, tanto a nivel discursivo y económico, los hilos de una imagen que poco a poco la memoria común vinculó a “una larga franja angosta que corre de norte a sur”.

Dispositivos de la nación en construcción: historia (y homogeneidad) territorial

Una de las tareas cruciales, por tanto, para completar una historia nacional fue proyectar y fabricar, desde la materialidad y la representación, una “historia territorial”. Esa construcción de una memoria territorial no comenzó, como también muchos creen, con la llamada república. Si bien es en siglo XIX cuando el proceso madura, sus raíces son identificables en el largo e intenso proceso de racionalización territorial de los borbones, iniciado a comienzos del siglo XVIII. Ellos activaron una serie de estrategias



que posteriormente fueron continuadas por los gobiernos nacionales, por lo que desde el punto de vista de la historia territorial de la nación su temporalidad no está determinada por los cortes políticos con que se ha ido proyectando la historia de la nación. Como sea, ambas tareas de configuración de un espacio identificable, medible y manejable, cargaban con el mismo propósito: integrar, unificar y homogeneizar, en una palabra, controlar.

La creación de un paisaje nacional, la fijación de su sentido, por tanto, no es un proceso que surja en forma automática. Su marcada historicidad, es decir, su legitimación discursiva a través del tiempo, refleja renovación, cambio en las interpretaciones territoriales, pero en lo sustancial, relaciones de fuerza y ejercicios de poder. En cierto modo, el paisaje se inventa desde íconos e imágenes que ocupan un lugar jerárquico en la producción discursiva, de modo que cada una de esas proyecciones valoricas-territoriales (nos) reflejen "patria". Así nos lo recuerdan los Andes, los volcanes del Sur (la Suiza chilena) o el desierto más seco del mundo, entre muchos otros. Lo notable de constatar es que, como sucedió en Argentina y en la mayoría de los países latinoamericanos, la fabricación del paisaje nacional se gatilló desde Santiago, cuya centralidad ha permitido hasta la actualidad producir dualidades y lecturas binarias que también están ancladas en la retina de los habitantes. Así, el valor superior del centro o Santiago (ciudad) de sus periferias (rural) o lo civilizado de lo incivilizado, el progreso del atraso o en una imagen más actual el desarrollo del subdesarrollo. Desde Santiago, en definitiva, se proyectó la utopía nacional ("el lugar sin lugar") sobre y desde espacios vacíos que estaban allí para ser cubiertos de una narrativa territorial que diera volumen a la memoria común.

En la práctica, la puesta en marcha de artefactos de racionalización territorial fueron claves para imponer un sentido vertical al territorio (norte-sur y viceversa), unificando y homologando diferencias y particularidades regionales, pero, a su vez, con un Santiago que iba rentabilizando en sentido monopólico aquellas singularidades o periferias.

A los dispositivos de control territorial impulsados por los borbones durante el siglo XVIII, el imaginario territorial de la nación en construcción fabricó los propios, aunque muchos de ellos fueron la continuación de aquellos. Entre las estrategias de poder que colaboraron a fijar el sentido de nación en un Chile más unitario, se encuentran: (1) el control de los "espacios vacíos", es decir, la creación de nuevos asentamientos y espacios urbanizados con el fin de controlar distancias y, a través de ellas, al territorio; (2) la búsqueda y acumulación de información, que en el fondo fue una continuación de los cuestionarios borbónicos, en lo que podría denominarse un verdadero catastro de los bienes existentes en el territorio asociado a la nueva nación; (3) la exploración de nuevos territorios, en tanto la nueva nación necesitaba definir su marco territorial, para lo cual era indispensable explorar como sustento para la incorporación de nuevos espacios; (4) la supremacía simbólica de la ciudad (la luz) sobre lo rural (la oscuridad), lo que, como en otras latitudes, colaboró a fijar en lo urbano el dominio de un amplio discurso hegemónico y, por cierto, el lugar de capitalización de los procesos extractivos; (5) la conformación de una historia nacional que diese sentido a sus habitantes, una perspectiva que generó mitos y héroes comunes impactando en la memoria de la nación y en su necesidad de mirar un futuro fruto de su propia tradición; (6) la materialización del telégrafo, que colaboró a minimizar distancias; (7) del correo, que hizo que la temporalidad sufriera cambios de valorización y sentido; (8) mejoramientos de caminos y puentes, representantes del, como ha dicho Navarro Floria, paisaje del progreso y (9) la implementación del ferrocarril, tal vez lo más simbólico de los dispositivos de control, por enumerar algunas de aquellas estrategias.

Estas fueron, en definitiva, prácticas que terminaron por gestar un sentido común respecto del espacio, una cultura acerca de sus temas, un horizonte espacial colectivo. Ese sentido común finalmente modeló una representación moderna del territorio, que hoy resulta tan familiar y nos parece como si hubiese existido desde siempre, tanto que se llega a decir que nuestra geografía es única, porque es chilena.



Desde el punto de vista con que hemos venido analizando el asunto, el espacio geográfico no sería objetividad pura aunque tampoco solo creación del sujeto. Aquel influye a este y viceversa, precisamente en un proceso tan temporal como a un nivel ontológico relacional. La construcción moderna del territorio en Chile no surgió solamente del ser humano hacia él. Aquella imagen también se fue objetivando en la materialidad (correo, puentes, ferrocarril, caminos, etc.), en el lenguaje y la conversación, en un proceso temporal (en “el texto de la vida”, como diría el filósofo alemán Gadamer), que hizo al hombre sentirse moderno en su relación con un territorio que se estaba moldeando con la intervención del hombre racional. Esto es algo que nos sigue sucediendo cuando se habla de “desarrollo”. En este sentido, el proceso de racionalización territorial adquiere nuevas formas de escenificación, ya que, por ejemplo, el territorio-progreso del siglo XIX en la actualidad es reemplazado por el territorio-desarrollo, todos engranajes de un lenguaje nacional que se esmera por contener, para que no se desborde, la memoria común de una historia territorial que lo refleje y justifique.

Entonces, ¿la invención geográfica de Chile hizo que la memoria común olvidase las diferencias, las singularidades, un Chile horizontal o como lo hemos llamado en otros escritos, el país de las cuencas? ¿Es que el Chile vertical fue el saber territorial que se tornó verdadero y el Chile horizontal fue un asunto “del pasado”, anclado solo en lo que se ha llamado la época colonial? Nada más lejos de aquello, en tanto las relaciones de fuerza en el plano discursivo llevaron a que la memoria de un Chile horizontal pasase al olvido y que el Chile vertical fuese la memoria oficial y que a partir de la cual los ciudadanos se reconociesen. La principal característica de la memoria, el olvido, fue actuando de modo magistral en este caso.

El País de las cuencas y el olvido del habitar horizontal

El país de las cuencas, aquí llamado Chile horizontal, no es, como expresamos al inicio, un panorama del pasado. El país de las cuencas

nos remite a un habitar que no necesariamente instala a Santiago como eje articulador de una historia y una geografía común. Aunque no le es ajeno, Santiago aparece solo como referencia de múltiples prácticas que se desenvuelven en sentido Oeste-Este, con una cordillera de los Andes que lejos de ser una barrera es un espacio articulador de mundos conectados o interrelacionados.

El país de las cuencas, en los siglos XVIII y XIX, funcionó a través de los innumerables ríos que conectaban el mar con los mundos interiores. A su vez, se articuló bajo la premisa de memorias que lejos de ser nacionales eran parte de un engranaje más complejo al involucrar horizontes y habitares del lado Este de los Andes. Solo a modo de ejemplo, el país de las cuencas reúne una multiplicidad de pertenencias que fueron y son visibles en lugares tan distantes como la Puna, La Araucanía o la Patagonia. En todos estos lugares, y en muchos otros, antes y hoy las relaciones y movi- lidades espaciales son muy notorias. Tal vez otro ejemplo permita comprender mejor la metáfora del país de las cuencas. Nos referimos al “silencio geográfico” con que se leyó en la Patagonia el nomadismo indígena, que era, al fin y al cabo, un contrapunto de lo que se iba dibujando y memorizando para la imagen geográfica de “Aysén-Patagonia”. Porque, como ha sido estudiado, en la práctica hubo un constante nomadismo indígena que fue obviado por un tipo de comprensión que organizó el saber geográfico únicamente en relación a lo fijo y lo estable; es decir, “si se mueve no es”. Ello repercutió en validar la gran propiedad como eje estructural del poblamiento austral y en invalidar la movilidad o nomadismo como racionalidad del habitar. Los exploradores nunca “vieron” el territorio austral, ellos proyectaron sus propios valores culturales y las relaciones de fuerza a ellos asociados. Hay cientos de testimonios que hablan de territorios “vacíos”, “inexplorados”, “improductivos”, etc., y esa es solo la lectura fabricada desde Santiago, avalada por cierto por los innumerables historiadores y geógrafos que han escrito o mapeado la memoria común también desde Santiago. Ellos, los exploradores, lejos de ser héroes, fueron articuladores de una forma de producción de una historia territorial cuyo eje, como fue expresado, era dirigido





A modo de conclusión

desde Santiago. Las tierras “vacías”, porque el nomadismo no podía ser una expresión que llenase algo, eran útiles en la cadena de ampliar las fronteras productivas, como lúcidamente expresó hace ya también muchos años Marcelo Carmagnani.

En definitiva, por tanto, el Chile horizontal no desapareció, solo mutó en diversidad de memorias que, con tensión o armonía, debían conectarse con la memoria común que iba contándose en las escuelas de la nación a través de la Historia y la Geografía nacional. Esas memorias persisten hasta el día de hoy como geografías menores y habitares existenciales, pero no por eso resultan menos protagonistas.

Hubo una época, tiendo a creer ya muy remota, en que algunos creían que tiempo y espacio eran dos asuntos o categorías que debían estar separadas. Es más, se decía (tampoco tantos años, porque fue lo que nos transmitieron en la universidad) que “el tiempo es de los historiadores y de la historia” y el “espacio de los geógrafos y la geografía”. Sin duda, como es bien sabido, esa interpretación estuvo mediada por una temporalidad de raíz cristiana que establecía un tiempo lineal que impactó en el modo de comprender lo histórico y relegó al espacio como sinónimo de lo fijo, el escenario o lo inmóvil. En la actualidad resulta muy absurdo ver el asunto de ese modo, como también lo es comprender la memoria como algo estable e inamovible, es decir, separar memoria de olvido.

El Chile vertical y el Chile horizontal no son dos proyecciones diferenciadas sino son facetas de relaciones de fuerza, donde una oculta a otra o al menos la coloca en una posición valórica inferior, por ejemplo, en “el pasado” y no en “la modernidad” o “el desarrollo”. La representación de ausencia del elemento diferencial del Chile vertical, esto es el Chile horizontal, no hace más que comprobar que la producción de imágenes, para el caso territoriales,

fluyen de un lado para evitar o minimizar su lado opuesto. Hay en esta explicación binaria un evidente proceso de disciplina- miento social. ¿Al decir civilizado no excluimos al incivilizado y lo empujamos a una posición valórica inferior? ¿Al decir integrado no cargamos negativamente a lo aislado? ¿No es el desarrollo o la modernidad la cara de una imagen que oculta otros modos de vida, otras maneras de habitares y saberes? Del mismo modo, el Chile horizontal viene a ser el olvido de una memoria donde solo adquiere valor la centralidad de Santiago y desde allí la produc- ción de una memoria de escala homogénea con la capital como eje vertical de un territorio llamado Nación. En el fondo, la historia territorial del Chile vertical es la historia de su centralismo.

La invención de una geografía y una historia de escala nacional, uniforme, universalizante, fue indispensable, como ha expuesto Zusman, tanto para fines económicos como simbólicos, en tanto la formación de una nación requería de la construcción de una comunidad imaginada y desde allí una historia territorial que legitimara el dominio y control de ese territorio.

En definitiva, para entender las imágenes asociadas al Chile hori- zontal y al Chile vertical se hace indispensable no solo no separar- las ni pensar que son asuntos del pasado. Pareciera más relevante detenerse en acompañarlas del proceso espacio-temporal que las hizo posible, es decir, de la matriz hermenéutica que les dio sentido. Solo así, estimamos, podremos observar que bajo la memoria común de alcance nacional, rica en omnipresencia y en producción de olvido y somnolencia, hay otras vidas, otras memorias posibles.

Los motivos que acompañan este texto son detalles del mapa *Tabula Geographica Regini Chile*. Alonso de Ovalle. Roma, 1646.



LAS NACIONES DE CHILE

Entre los siglos XVII y XVIII el territorio que hoy es Chile fue habitado por diversos pueblos, reinos o naciones. Así las llamaron quienes vivieron en la época. Al ser un territorio de cuencas, hubo casi tantas naciones como ríos, y cada cuenca tuvo una estética, un uso de la lengua, una cultura.

Como en un gran caleidoscopio, fuimos una tierra de naciones que habitó el territorio de este a oeste, cuyos habitantes se reconocieron como paisanos en tanto veían la puesta del sol en el mismo horizonte.

Tabula Geographica Regni Chile (detalle).
Alonso de Ovalle
Reproducción de 1946, del original de 1646
Grabado sobre papel
MHN 3-28950



Valle del Huasco
 Atribuido a Pedro José Amado
 Pissis Marín
 1858
 Acuarela sobre papel
 MHN 3-34555

Huasco: los bosques que perdió el oro

Se podía ver el oro corriendo por el cauce del río Huasco y no hubo conquistador que no describiera su riqueza. De ahí su nombre, resultado entre la palabra quechua *huas* (oro), y el mapudungun *ko* (agua o río). Del contacto entre los Mapuche e Incas se formaron clanes familiares de pescadores y recolectores, a cuyos miembros costeros más tarde la nación española llamaría Changos.

Los españoles llegaron persiguiendo el oro, y para su extracción pusieron en marcha la progresiva deforestación del valle Huasco. La tala obligó a que los indígenas bajaran desde los montes a los poblados mineros en los valles, provocando la desarticulación del antiguo Huasco. La explotación de la mina de Chañarcillo en 1832 y la deforestación definitiva selló el fin de una identidad, presa por la avaricia del oro.

Aconcagua: los hijos danzantes de Michimalonko



Olla
 Cultura Aconcagua
 Ca.1500
 Arcilla modelada, policromada y
 engobada
 MHN 3-1164

Durante la Conquista vivió aquí Michimalonko, cabeza de los pueblos del Aconcagua, conocido y temido por sus mitos guerreros. Tanto así, que las huestes españolas evitaron su asentamiento en este valle. El propio conquistador Gerónimo de Vivar, sentenció con vehemencia: “Manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra. Este ha sido el señor más temido que en todos los valles se ha hallado”. El resultado fue la permanencia de la identidad indígena en aquella zona.

Con manifestaciones de la cultura El Vergel, Bato, Mapuche, Diaguita e Inca, la nación del Aconcagua varió sus expresiones materiales según su ubicación y temporalidad. Los objetos que aquí se presentan hablan de esa diversidad de naciones, por ejemplo, quienes habitaron más cerca del *Qhapaq Ñan* (Camino del Inca) tuvieron una expresión cultural andina más profunda de quienes vivían en la ribera sur del río, cuyo desarrollo tuvo una mayor influencia Mapuche. A pesar de lo anterior, son evidentes las similitudes técnicas, lo que revela el diálogo entre ambas.



Escudilla
 Cultura Diaguita
 Ca. 1400
 Arcilla modelada, poli-
 cromada y engobada
 MHN 3-1147

Bailes chinos del Aconcagua



Flauta
Desconocido
La Ligua, ca. 1925
Madera tallada
MHN 3-38659

¡La nación del Aconcagua sigue viva y bailando!
A pesar de la intención de la Iglesia Católica y la política colonial por eliminar las antiguas prácticas culturales del valle, las raíces indígenas sobrevivieron y persisten en su forma mestiza hasta hoy. Ya hemos mencionado la relativa independencia de sus comunidades durante la conquista, lo que les permitió sobrevivir a través de la música y el baile en esta tierra de campesinos y pescadores.

La palabra 'chino' viene del quechua y significa sirviente o servidor; los chinos serían sirvientes de la virgen y los santos. Pero chino fue también el modo peyorativo en que durante la Colonia españoles y mestizos se referían a los indios por su condición de sirvientes. Así, los 'bailes chinos' son en realidad los 'bailes de indios'.

Entre los ríos Aconcagua y Elqui, los 'bailes chinos' son desde el siglo XVI una de las celebraciones vivas del patrimonio inmaterial más antiguas y características de Chile. Quienes celebran son grupos de músicos-danzantes que, entre flautas y tambores, reflejan el diálogo y los préstamos culturales entre Europa y América.



Tambor chino
Desconocido
Pullallí, 1929
Cuero, tela pintada y madera
ensamblados
MHN 3-19762

Estandarte español
Regimiento Dragones
Desconocido
1773
Seda con hilos metálicos
MHN 3-33126



Mapocho: el asiento de la cultura española, que gobernó por la Corona y la Iglesia

Los españoles hicieron del valle del Mapocho el centro de lo que imaginaron como Chile, y aquí se formó el territorio que después sería la Capitanía General perteneciente al imperio español. El poder político y la costumbre estuvieron representados por lo español y su cultura, aquí se realizó el primer Cabildo. En efecto, en ninguna parte de Chile los españoles tuvieron tanto poder como entre los ríos Mapocho y Maipo, incluso siendo menos en número que indígenas, mestizos y afrodescendientes.

En 1760, los gobernantes españoles recibieron a los lonkos y toquis Mapuche para un parlamento, justamente en este edificio, que hoy alberga al Museo. Se nombraron a sí mismos como los representantes de la soberanía del monarca, y como el lugar dominante.



Maule: la nación que navegó sobre el agua dulce

Picones, es según algunos investigadores, el nombre con el que se autodenominaron los habitantes del valle. A pesar de esto, los españoles llamaron Promaucae a todos los indígenas que habitaron entre el río Maipo y Maule que resistieron la conquista hispana. Fueron gente de agua dulce y en sus representaciones siempre apareció el río como referencia. Las naciones indígenas lo navegaron hacia arriba y hacia abajo para transportar productos y tradiciones desde las cumbres hasta la costa. No es de extrañar que gran parte de la toponimia de sus lugares tenga relación con lo fluvial, como Cauquenes, que quiere decir 'pato de río'.

No fue hasta la fundación de Nueva Bilbao en 1793 (ciudad de Constitución más tarde), que se desarticuló esta forma de habitar el territorio, cuando la canalización del Maule transformó las corrientes. No obstante, la literatura regional de los siglos XIX y XX mantuvo el agua como un símbolo de la identidad regional, refiriéndose al río como 'patria chica' o 'país del Maule'. El 'bote maulino', entre ellos el 'falucho', por ejemplo, sigue hasta nuestros días navegando, aunque solo en algunos tramos.

Boca de Maule (desembocadura del río Maule)
Thomas Somerscales
Segunda mitad siglo XIX
Acuarela sobre papel
Colección Museo Municipal de Bellas Artes de Valparaíso
51-211



Kultrün (Tambor)
Cultura Mapuche
Sin fecha
Madera y cuero ensamblados
MHN 3-33293

Futalmapu: la nación que se hizo de tierra

Las naciones Mapuche nunca se entendieron tanto a sí mismas en una unidad como al enfrentarse a un *winka*, invasor o extranjero. El Futalmapu fue su unidad territorial extendida por excelencia, que se dividía en cuatro *utanmapus* o partes: las quebradas, los valles, la costa y las montañas. En su versión más extensa, el Futalmapu comprendió desde los valles centrales a Chiloé, de Océano a Océano.

La guerra de Arauco, como vemos en la ilustración, tuvo tal nivel de costos económicos y humanos que, en 1641, durante el parlamento de Quillín, el rey de España reconoció la autonomía de esta nación indígena, a cambio de no aliarse con los enemigos de la Corona.

Reche, es decir 'gente auténtica', fue la primera forma de nombrarse entre sus habitantes. Luego, la palabra mapuche, 'gente de esta tierra', se mencionó por primera vez como autodenominación al interior del Futalmapu en 1760, en el contexto de la guerra con los *winkas* y la consolidación de la frontera. De tanto defenderla en la guerra y cultivarla para el intercambio de frontera, la tierra tomó un carácter central en esta cultura. Fue símbolo ritual, de comunidad, país y nación.



Toki Kura (Clava)
Cultura Mapuche
Sin fecha
Piedra tallada
MHN 3-1203



*Enfrentamiento
entre españoles e
indígenas hacia 1640, en
Histórica Relación del
Reino de Chile*
Alonso Ovalle
1646
Impresión sobre papel y
encuadernación en cuero
MHN 3-2456

Præeunte Deipara Hispanorum exercitum, Indi qui Civitatem obsidebant, eam videntes in ipsorum oculis pulverem conspergentem perteriti fugerunt in Chile

Chiloé: la comunidad dispersa sobre la costa

Las islas del archipiélago fueron mayoritariamente habitadas por grupos chono y huilliche que, aunque aislados del continente, dieron sus propias batallas. Atacados por los corsarios enemigos de la Corona española que atravesaban el Océano Pacífico, y explotados por los encomenderos que no respetaron las Leyes de Indias, los isleños transitaron de ser una población dócil y servicial, a ser temidos en el siglo XVIII.

La brujería, o las prácticas que los españoles entendieron como tal, fue muy extendida entre los chilotes, levantó las sospechas de la Iglesia que alistó a los misioneros franciscanos y jesuitas para construir capillas y evangelizar entre las islas. Pero la estructura social de los indígenas, desmembrada en clanes familiares en medio de una geografía insular, los hizo resistentes a la aglomeración urbana. Esto obligó a los misioneros a replicar las embarcaciones indígenas para navegar los llamados 'camino de costa' y llegar a los lugares en que vivía la nación chilota año tras año. De ahí el nombre de este sistema como la 'misión circular'



Yole (Canasto)
Cultura Chonos
Sin fecha
Quilineja tejida
MHN 3-33308

Tierra del Fuego: los hombres y mujeres escondidos atrás del mito



Tamango (Calzado)
Cultura Aónikenk
s. XIX
Cuero curtido
Colección Museo Nacional de
Historia Natural

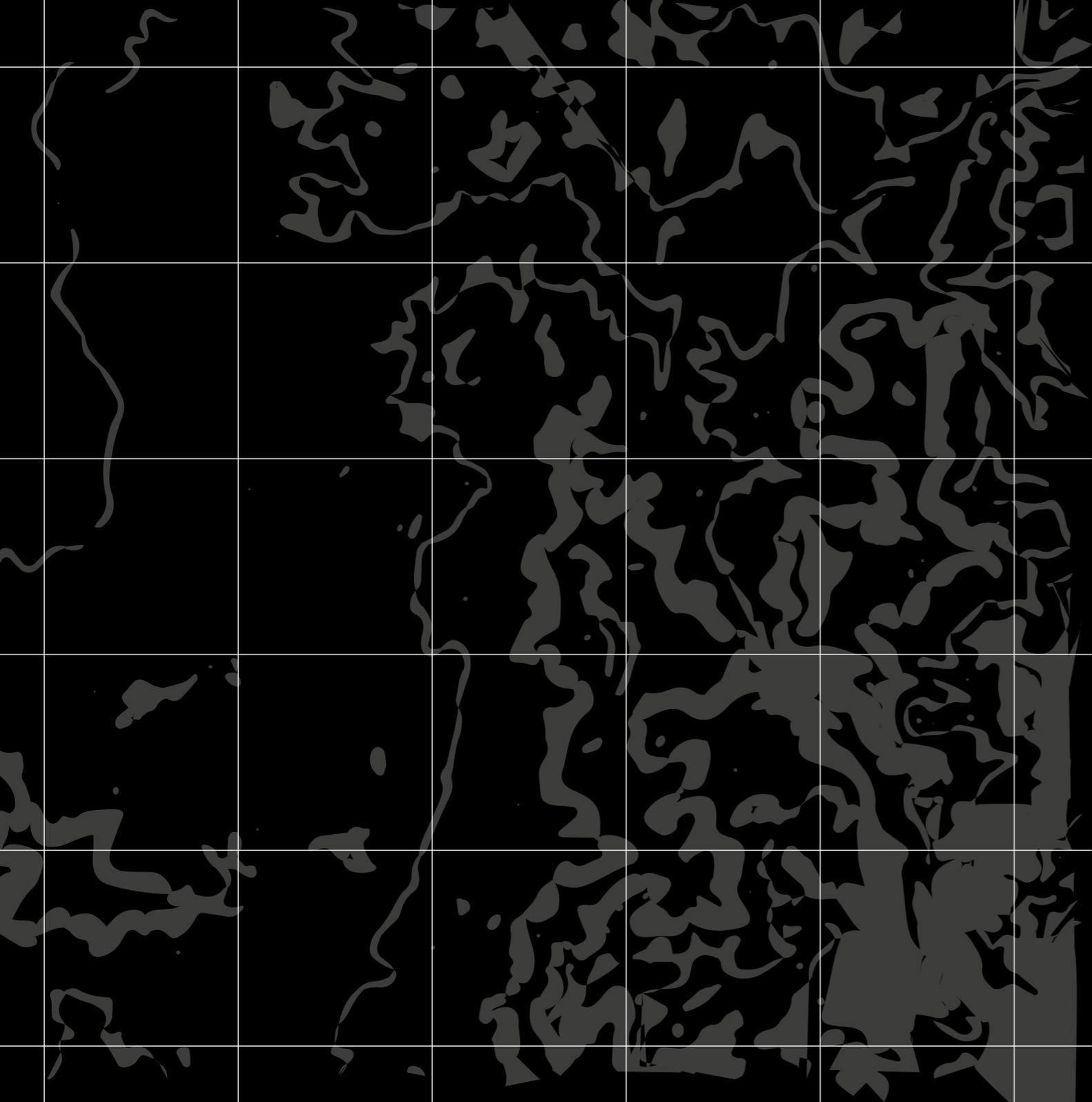
En 1520, Hernando de Magallanes divisó desde la distancia las fogatas indígenas entre los fiordos australes. Seguro que dichas hogueras nacían por sí solas, creó el extendido mito de la 'Tierra de los Fuegos'. Era el fin del mundo y por décadas no se supo más de esta nación, tanto así que el halo de misterio terminó por alentar la imaginación de seres mitológicos y monstruos sobre ella, los que se pueden ver representados en el mapa de Ovalle.

En realidad, la Isla Grande de Tierra del Fuego, hoy en parte chilena y en parte argentina, y en sus canales e islas adyacentes, habitaron distintas naciones. Moraron allí los Kawésqar, Selknam, Yámanas y Haush. Los Aónikenk, habitantes de la Patagonia, escribió en 1837 el explorador francés Jules Dumont D'Urville tras su viaje científico: "Estos hombres no han sentido la necesidad de constituirse en nación y levantar ciudades; ellos viven con sus caballos y sus perros que son sus únicas riquezas".

Los Andes: la gran muralla estaba llena de puertas

La cordillera no fue siempre la muralla alta y maciza que concebimos hoy como el límite entre nuestra nación y las vecinas. En efecto, las comunidades indígenas a lo largo del período colonial hicieron de la cordillera un corredor de tránsito, intercambio y asentamiento.

Aymaras, collas y atacameños habitaron la puna; así como los pehuenches al sur de los Andes. Su experiencia en las alturas era vasta. No es de extrañar que, al llegar los españoles, lo primero que hicieron los indígenas de Santiago fue quemar sus cosechas y escapar por los faldeos cordilleranos a la espera que, ante la falta de experiencia de los conquistadores, los desgastara el hambre.



II. CHILE VERTICAL



Mapa para la inteligencia de la historia física y política de Chile

Claudio Gay

1854

Impresión sobre papel

Colección Biblioteca

Nacional de Chile

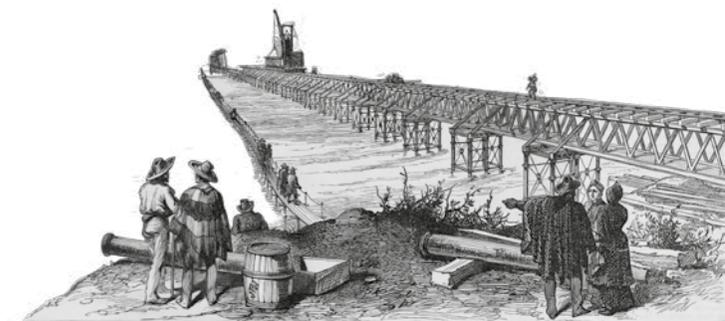
Los sentidos de nación en el siglo XIX

Susana Gazmuri

Historiadora

Cuando preguntamos a alguien dónde nació, en general le preguntamos por su país. Y cuando preguntamos por su país solemos entender, además, su nación, es decir, pensamos que país y nación son sinónimos. Solemos creer, además, que todo país o nación cuenta con un Estado, es decir, instituciones a través de las cuales nos organizamos y canalizamos nuestros derechos y deberes, una serie de organismos diseñados para garantizar nuestro bienestar, seguridad y nuestras demandas de justicia, entre otras cosas. Pero esto no siempre fue así. Antes de la Independencia la gente hablaba más de su patria que de su país, del lugar de nacimiento de sus padres que de su región de proveniencia o paisaje. La palabra nación, por otra parte, en el siglo XVIII denotaba, en primer lugar, el acto de nacer y también el lugar de nacimiento. Además, nación era usada para designar poblaciones que compartían rasgos físicos o culturales como lengua, religión y costumbres, que a veces constituían cuerpos políticos sometidos a un mismo gobierno. Se lo utilizaba para designar a otros pueblos, con características diferentes a la propia, por ejemplo, la nación mapuche.

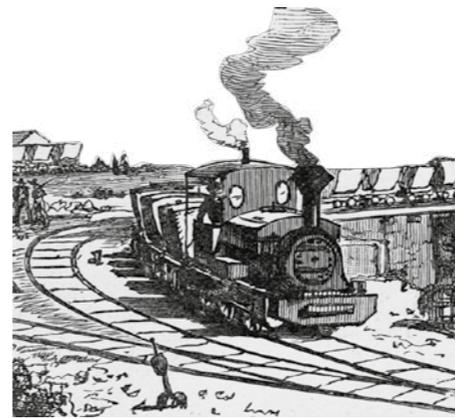
Durante el período colonial, Chile no era una nación, sino un reino compuesto de varias comunidades que podían ser consideradas naciones, o pueblos, todas las que pertenecían, a su vez, a la nación española. Sin embargo, durante la Revolución de Independencia los americanos comenzaron a distinguir a las naciones americanas de la española, de forma de legitimar la capacidad de estos pueblos para actuar de manera independiente de la monarquía





frente a la invasión napoleónica de la Península Ibérica. Con todo, los primeros textos legales que intentaron reglamentar el territorio que en ese entonces era Chile se referían a los pueblos, o a veces del pueblo, en un intento por unificar en un solo cuerpo lo que todavía se reconocía como varias comunidades políticas y sociales. En ellos no se hacía referencia alguna al término nación chilena. En 1818, cuando Bernardo O'Higgins encargó la redacción de un proyecto de Constitución, este habló por primera vez del Estado de Chile, sin mencionar a la nación. Recién en la Constitución de 1822, que refiere a "la Nación chilena y de los chilenos", aparece por primera vez este término, integrando en un solo vocablo las ideas de un pueblo, un territorio y una patria. Se trataba de una noción que tenía el poder de unificar bajo una legislación común lo que durante siglos había estado compuesto por múltiples pueblos y comunidades, muchas veces sujetos a distintas legislaciones, deberes y derechos.

Esta idea se inspiraba en el significado de Nación como un pueblo con rasgos físicos y culturales comunes y fue funcional al proyecto de construir un país unificado bajo una sola forma de gobierno: la república, así como delimitar y definir la población y el territorio que la componían. Pero no se trataba solamente de decidir cuál era ese territorio ni quiénes y cuántos lo integraban, sino también lograr que sus miembros, los ciudadanos, compartieran valores y costumbres. La nación, como proyecto, requería entonces construir una unidad ahí donde antes había habido diversidad. En este sentido, también fue utilizada para ocultar las muchas diferencias que existían entre los habitantes de Chile y como una herramienta de dominio cultural y político. Un ejemplo de su diversidad de usos e implicancias es la manera en que la nación chilena se vinculó con los mapuche. Pues, por un lado, los patriotas se apropiaron del proverbial coraje y valentía de los "araucanos", elevándolos a una virtud que era un elemento esencial de la identidad chilena, mientras que, al mismo tiempo, el Estado conquistaba sus territorios y les exigía "civilizarse" para poder ejercer la ciudadanía, es decir, los derechos políticos, que en teoría les correspondían. Civilizarse



significó, en concreto, neutralizar sus costumbres, idioma, religión, y hasta su manera de entender la propiedad, es decir, borrar todas aquellas características que les habían permitido ser la "nación mapuche". En este sentido, su integración a la nación chilena dependía de la anulación de la nación mapuche.

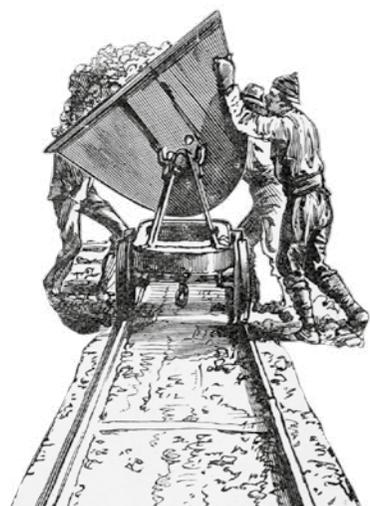
Pero no eran solo los mapuche los que debían ser civilizados para poder pertenecer a la nación. Lo cierto es que los políticos y letrados del siglo XIX establecieron el gobierno republicano desconfiando profundamente de la capacidad de sus habitantes para ser ciudadanos de una república. Este sistema político se entiende como el del autogobierno, es decir, uno en que cada individuo participa de la soberanía —el poder político— y puede tomar decisiones que afectan el bienestar del conjunto de la comunidad. Otorga libertad y autonomía a los ciudadanos en el entendido de que estos tengan las capacidades intelectuales y morales necesarias para pensar en sus propios intereses, así como en los de los demás. Para construir la nación era necesario, por lo tanto, transformar a los antiguos vecinos del reino de Chile en ciudadanos de la república.

La primera Constitución republicana de Chile, la de 1823, intentó precisamente hacer esto. Su autor, Juan Egaña, diseñó una legislación que tenía como propósito inculcar la virtud política y formar a los ciudadanos. Egaña era un abogado y profesor de latín que se inspiró en la República romana para crear la república chilena. Conocedor de la historia antigua, se preguntaba, como muchos antes que él, qué había permitido a Roma tener un gobierno republicano por más de quinientos años que no había sucumbido a los ataques de fuerzas externas ni, por mucho tiempo, al faccionalismo de los ciudadanos. Se preguntaba también, por qué, eventualmente, Roma había sido víctima de la ambición de hombres como Julio César y Marco Antonio. La respuesta era, según los propios historiadores romanos, la virtud del pueblo y de sus líderes. Mientras el pueblo romano había antepuesto el bien común, a la ambición política y de riquezas, la república había sido próspera y estable.

Cuando, por diversos motivos, se habían desatado la codicia del pueblo y la sed de poder de sus líderes, había vuelto a caer bajo la tiranía de un sistema monárquico. De este modo, inspirado por los historiadores romanos, así como por sus filósofos como Cicerón, Juan Egaña diseñó una constitución que tenía por objetivo crear una nación en que la virtud política, la capacidad de anteponer el interés de la comunidad al propio, era la costumbre de los ciudadanos.

La legislación propuesta por Egaña era muy compleja y difícil de implementar. Pero lo más grave, a ojos de sus contemporáneos, es que muchas de sus leyes no respetaban la libertad privada. Por ello, al poco tiempo sus propuestas fueron rechazadas y la Constitución derogada. Esto se debió, en buena medida, a que la revolución de Independencia se había llevado a cabo en nombre de la libertad política y también de la individual. Esto último representaba un desafío particularmente arduo para el proyecto de crear una nación cuyos miembros debían tener una cultura compartida y creencias comunes. La respuesta de los liberales a este problema fue sentar las bases de una cultura común a través de la educación y la legislación, respetando las libertades individuales. Para ello era necesario ilustrar al pueblo chileno y a su élite. Para lo primero se desarrolló, a paso lento y constante, un sistema de educación primaria que alcanzó hasta los lugares más alejados del territorio. Para lo segundo se fundó, primero, el Instituto Nacional y luego la Universidad de Chile.

En definitiva, en el siglo XIX la Nación, entendida como unidad, no era tanto una realidad, como una idea abstracta que se quería hacer real. Los políticos de este siglo trabajaron por crear la Nación, con una soberanía indivisible, compuesta por individuos que en teoría eran iguales en cuanto a sus derechos, deberes y capacidades. Y, si no lo eran, el Estado debía trabajar para que llegaran a serlo. Los caminos para esto fueron diversos e implicaron rutas paralelas, entre las que se pueden contar las leyes, la educación y el disciplinamiento, todos destinados a uniformar lo que antes había sido múltiple.

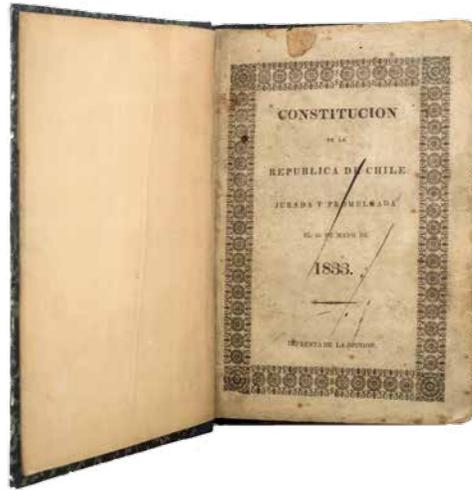


Los motivos que acompañan este texto son detalles de dibujos de Melton Prior para *The Illustrated London News*, 1889.

CONSTRUIR EN VERTICAL

Tras la Independencia, se creyó posible la existencia de un pueblo único de individuos libres, iguales y autónomos, unidos por una autoridad, una tierra, una lengua, un Dios y un pasado. Esta nación no existía, era un ideal y había que crearla, y se creó, junto con la guerra, el tren y el telégrafo, de norte a sur.

Administrar el poder



Constitución de la República de Chile 1833
República de Chile
1833
Impresión sobre papel
y encuadernado
MHN 3-38592

La organización política de la nueva nación vertical fue republicana, es decir, integrada por individuos libres e iguales capaces de decidir cómo gobernarse, redactar y ejecutar sus propias leyes, y administrar justicia. Esas tareas las comandó el Estado, mientras la Iglesia dictó el trazado cultural de la sociedad. En muchos sentidos, fue una república católica; política y moralmente.

Como en otros países nuevos, las reglas fundamentales se escribieron en las constituciones: quiénes eran los chilenos/as, quiénes los ciudadanos/as, y cómo vivir todos juntos en un mismo espacio.

Administrar la nación requirió a su vez contar, medir y clasificar a la población. Esta labor, que antes dependía de la Iglesia, ahora correspondió al gobierno. Por eso la estadística fue llamada la "ciencia del Estado". Desde las cifras, los gobiernos identificaron a los individuos, numeraron a sus miembros, le dieron una cédula de identidad nacional al ser chileno/a.

La nación soberana requería de ciudadanos que fueran miembros útiles al bien común y productivos para la economía. Por eso la educación estuvo en el centro del proyecto estatal que, en cooperación con la Iglesia y las propias localidades, llenó de escuelas el país.



Placa Desconocido
Metal enlozado
Colección Museo de la Educación
Gabriela Mistral
12-1536

Explorar para construir

En un mundo internacional, definir los límites del territorio fue una de las primeras preocupaciones del Estado-nación. Hasta ahí, y solo hasta ahí, llegaba la ley de cada cual.

Para esto, los gobiernos contrataron científicos extranjeros y peritos chilenos. Los nuevos especialistas viajaron, delinearon, registraron y describieron los límites de esta nueva nación, y los recursos que escondía su tierra. Los dibujos que puedes ver en el mapa corresponden a las obras de José Amado Pissis, Rodolfo Amando Philippi y Alexander Simon. En ellos se representan los recónditos lugares del país que, hasta ese entonces, eran desconocidos para los gobernantes del centro.

Aclarado los misterios cartográficos, y con el auge de la exportación de cereales, el gobierno de Manuel Montt (1851-1861) dio paso a los ingenieros para conectar el país desde el centro a los extremos. Así, con un riel de ferrocarril en una mano y el cable del telégrafo en la otra, los gobiernos, hasta finales del siglo XIX, rompieron la lógica de los valles transversales para construir la franja larga y angosta que conocemos hasta nuestros días.



Desierto de Atacama
Pedro José Amado Pissis Marín
1870
Acuarela sobre papel
MHN 3-34527



Paisaje Austral
Atribuido a Pedro José Amado
Pissis Marín
Ca. 1857
Acuarela sobre papel
MHN 3-34533



Bosques en Valdivia
Atribuido a Pedro José Amado
Pissis Marín
1867
Acuarela sobre papel
MHN 3-34537



Volcán de Aconcagua
Atribuido a Pedro José Amado
Pissis Marín
Segunda mitad siglo XIX
Acuarela sobre papel
MHN 3-34545



Isla Desolación
Desconocido
Ca. 1843
Acuarela sobre papel
MHN 3-1690

La guerra



Soldado chileno de la Guerra del Pacífico

Desconocido
Sin fecha

Madera tallada y policromada
MHN 3-33947

El 'ciudadano-soldado' fue una de las primeras formas de experimentar la idea de ser chileno. Se trataba de hombres capaces de defender la 'patria'. Hay símbolos, como el 'roto chileno' o el 'soldado desconocido', que hoy levantan en gloria a estos actores. Las mujeres y los niños también participaron, desde distintas trincheras, haciendo de la guerra una experiencia común para muchos habitantes de norte a sur.

Sin servicio militar obligatorio hasta 1900, el reclutamiento era encargado a los patrones de haciendas en el campo y a los jefes de talleres en las ciudades. Así se enlistaron para las cuatro guerras civiles tras la independencia: 1829, 1851, 1859 y 1891; y las tres guerras internacionales contra la Confederación Perú-Boliviana entre 1836 y 1839; España, 1864 y 1866 y la Guerra del Salitre entre 1879 y 1884.

Al sur, en donde la frontera chilena llegaba hasta el río Biobío, el general Cornelio Saavedra organizó lo que llamó la "pacificación de la Araucanía". Pero de pacífico no tuvo nada, sino más bien fue la ocupación armada del Ejército chileno sobre el pueblo Mapuche para colonizar sus tierras.



Parlamento celebrado en Hípinco entre el coronel Saavedra y todas las tribus costinas y abajinas, representadas por sus principales caciques: 24 de diciembre de 1869

Desconocido
1869

Colección Memoria Chilena
MCO01743



Escena posterior a la toma de Villarrica (1 de enero 1883), en Revista Zig-Zag

Desconocido
1926/1927

Impreso fotográfico
MHN ic-4



El Altar de la Patria

Litografía Cadot
1864

Litografía sobre papel
MHN 3-36905

Hacer memoria



8 escudos de la República de Chile
Francisco Borja Venegas
1825
Oro acuñado
MHN 3-4339

En una nación ideal, era preciso que sus miembros le otorgaran los mismos significados a ser parte del grupo, aunque todos fueran diferentes. La historia, los ritos y los símbolos ayudaron a construir los sentidos de pertenencia. El nuevo Estado eligió un conjunto de objetos que, en sus colores y formas, tradujeron los valores comunes de lo que se consideraba ser chilenos/as. 'Libertad' fue la idea fundamental. Por esto los próceres se llamaron a sí mismos 'libertadores'.

En las primeras monedas se encuentra el volcán. Una imagen común para todos sus habitantes, porque hace referencia a la cordillera que recorre todo el territorio. Pero aparece activo, es decir, libre, bullente, como debía ser la nación. Luego, el símbolo fue la estrella solitaria, el lucero, *Chaska*, *Wünelfe* o Venus, que refleja la unicidad patria. Libertad y naturaleza también están en el Himno Nacional en sus versiones desde 1819 a 1847, en el cual se exaltó el paisaje de norte a sur, custodiado por las montañas y el mar.



Virgen del Carmen en fanal
Ignacio Jacome
Ca. 1855
Técnica mixta: madera policromada, textil y vidrio
MHN 3-548

Estos símbolos circularon de muchas maneras y en variados soportes; el arte, la música, la historia, construyeron una idea nacional, que debía ser de todos propia. El Museo Histórico Nacional fue uno de esos lugares simbólicos. Fundado en 1911, su muestra permanente ha contado las épicas que atravesó Chile para volverse un Estado nacional. En parte, ese sentido sigue presente en la actual exhibición del segundo piso.

Escudo usado por el Estado de Chile durante la Patria Vieja
Desconocido
Ca. 1910
Óleo sobre tela
MHN 3-31



Antigua sala del Museo Histórico Nacional
Desconocido
Ca. 1930
Gelatina sobre papel
MHN fb-15741



III. CHILE DESCENTRADO

¿Cuántos y quiénes somos?

Las complejidades de un Chile descentrado

Isabel Aninat
Abogada

Para construirse, el poder político necesita conocerse a sí mismo. ¿Cuántos y quiénes somos? Esa es la pregunta que hemos repetido una y otra vez desde los inicios de la construcción de nuestro Estado.



“Retrato de Manuel Bulnes Prieto”

En la Colonia, los conteos y primeras encuestas buscaban conocer el número de habitantes del territorio principalmente por asuntos económicos, militares y religiosos. Ya en el Censo de 1777-1778 se incorporaban clasificaciones según casta (español, mestizo, mulato, indio, negro), estado civil (casado, viudo, soltero), y edad (párvulos). Pero esos esfuerzos eran parcializados y fragmentados. El conocimiento de la población se lograba mediante archivos parroquiales, las matrículas de encomiendas, las visitas de indios, las matrículas de confesión y, también, los padrones milicianos (INE, 2009).

Es con el inicio de la República que la contabilización y caracterización de la población se torna fundamental. Ya no solo para fines estratégicos —el control efectivo del territorio— sino también para la construcción del propio Estado. Manuel Bulnes crea una institucionalidad acorde, la Oficina Central de Estadísticas, y es el Estado —y ya no la Iglesia, los establecimientos educacionales o el Ejército— el que comienza a ser el administrador de la información oficial. Ello exige centralizarla y crear el aparato burocrático correspondiente. Pero también implica ajustar la representación política en el Poder Legislativo según la división político-administrativa del territorio. Los censos pasaron a ser —y siguen siendo— cruciales para la organización de la democracia representativa (INE, 2009). Si en el siglo XIX el conteo de habitantes para definir la cantidad de representantes fue crucial en la competencia política entre las provincias de Santiago y Concepción, hoy la propia ley establece la actualización de los

distritos electorales en base a la información que otorguen los censos (Art. 179 bis Ley N° 20.840).

Durante el siglo XIX, los censos fueron fundamentales también para la formación del Estado-nación. Uno que suponía un cierto tipo de identidad. Al mismo tiempo que los censos hacían más complejos, con cuestionarios que incluían cada vez más categorías y subcategorías, se forjaba una identidad nacional homogénea mediante el sistema de educación pública, la guerra, y la iconografía histórica. Si bien el Estado cada vez contaba con mayor información sobre la población, la complejidad capturada en los datos no se traducían en una representación oficial más diversa. Como señalaba Góngora (1981), la idea de un Estado-nación conllevaba la homogeneización cultural. Teníamos más datos, pero la identidad debía ser una.

Con el cambio de siglo, y la cuestión social, aparecieron tendencias para que los registros capturaran también las condiciones de vida. Por ejemplo, se amplían los tipos de estado civil (anulados, separados de hecho) y se introducen cambios en las religiones por las que se preguntan (aunque varían las que se incluyen entre uno y otro censo). A medida que el Estado comienza a ser más activo en distintas áreas de la economía, y especialmente en la planificación del desarrollo, la exigencia por la obtención de datos aumenta. Planificar el futuro exige saber con mayor detalle cuántos y quiénes somos.

Pero no todos éramos iguales. Desde fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, las nuevas comunidades indígenas debían someterse a una cuantificación separada: el censo de indios. Incluso en el Censo de 1940 se cuantificaban las reducciones



“Retrato de mujer mapuche bajo el lente de Claude Joseph en 1927”.

indígenas y sus habitantes y, dentro de los chilenos, se estipulaba la subcategoría “araucanos”. No es hasta 1992 que se incorpora una pregunta con los distintos pueblos indígenas (INE, 2009), una que también ha ido cambiando de la autoadscripción cultural a la autoidentificación (“Se considera perteneciente a algún pueblo indígena u originario”, Censo 2017).

Posteriormente, a fines del siglo XX, ya no basta con tener una idea general sobre cuántos y quiénes somos. Si bien aquello que era tan difícil de lograr antes —determinar el “cuántos”— parece volverse más fácil, el “quiénes” se torna cada vez más complejo. Por lo mismo, el Estado comienza a ampliar su repertorio de datos oficiales. Ya no basta con una gran medición periódica. Del mismo modo, empiezan a aparecer las encuestas oficiales sectoriales: a la juventud, a la industria, a los trabajadores y empleadores. Pero quizás el instrumento más relevante de todos estos es la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, conocida como “la Casen”.

Aplicada desde 1985, la Casen se ha transformado en la medición más efectiva para hacer política social. Y si bien el cuestionario de la encuesta en 1990 incluía vivienda, salubridad, educación, salud y situación ocupacional e ingresos del trabajo, desde 2013 se pregunta, además, por el entorno donde se habita, y, también, por identidades, redes y participación. La incorporación de una mirada multidimensional da cuenta que diseñar e implementar políticas sociales se ha complejizado.

Si hace cuarenta años la pobreza se entendía un problema uniforme, la realidad fue demostrando que no todos la vivían igual. A medida que se sofisticó la información, se hizo evidente que la pobreza afectaba a personas distintas de diferentes maneras. Que los tipos de pobreza variaban según si se era hombre o mujer, indígena o no indígena, inmigrante o local. Y si bien la pobreza ha disminuido fuertemente en Chile (de 29,1% el 2006 a 8,6% el 2017), las diferencias siguen existiendo. Según la última encuesta Casen (2017), la pobreza femenina, en comparación con la mas-



“Retrato de machi tocando el Cultrún en el 2020”



“Retrato de Don Eugenio Lyon Arrieta y sus hijos en 1915”

culina, implica menor participación en el mercado laboral (48,9% para las mujeres, en comparación con 71,6% para los hombres) y el tener que hacerse cargo sola del hogar (el 42,4% de los hogares tiene jefatura femenina, el 31,1% en hogares monoparentales). La población indígena, en comparación con la no indígena, tiene menos años de educación (casi un año menos, en promedio) y mayores tasas de desocupación (8,3%). La población inmigrante reciente, si bien más educada y, muchas veces, con mayores ingresos, que la local, vive en peores condiciones (27,1% vive hacinado) y tiene mayores carencias de seguridad social (24,4% no está adscrito a un sistema de salud).

Por lo mismo, la política social se ha diversificado y especializado para lograr mayor efectividad. A los programas sociales masivos y uniformes se han sumado políticas diseñadas específicamente para las mujeres, los inmigrantes, los indígenas, las personas con discapacidad, o los niños, niñas y adolescentes. Así han surgido programas como el Bono al Trabajo de la Mujer, el subsistema Chile Crece Contigo, el Fondo de Tierras y Aguas, o la entrega de ayudas técnicas. Pero también algunos tan específicos como el Programa Generación de Microemprendimiento Indígena Urbano, el Programa Buenas Prácticas Laborales con Equidad de Género, el Programa Chile Te Recibe para inmigrantes, el Programa Tránsito a la Vida Independiente para personas con discapacidad o el Programa de Turismo Social para la tercera edad. Pero la política social no solo se ha especializado. También ha cambiado la manera de entregar la información: en muchos servicios públicos, la folletería oficial se entrega hoy en castellano, en mapuzugún, y en creole.

Lo que ha pasado con la política social en las últimas décadas es un reflejo de lo que ha pasado con la construcción de la identidad nacional. Tal como una política homogénea pensada para la pobreza se ha ido desagregando en poblaciones específicas, tomando sus particularidades y complejidades, la idea de una identidad única se ha ido desarmando. ¿Quiénes somos hoy? La pluralidad cultural que existe en nuestro país —esa diversidad



"Joven mapuche"

que se había negado oficialmente— tensiona la respuesta. Parecemos estar hoy frente a un Chile descentrado, en el que, si bien ya no parece admitirse un solo tipo de identidad oficial, al mismo tiempo, se demanda el reconocimiento político y la participación en la vida pública.

Es desde aquí que surge la pregunta política, aquella que tiene que ver con el Estado. El paso de la diversidad cultural, de pluriculturalidad, como asunto fáctico al espacio público común (Núñez, 2017). Es ahí donde la lucha por la identidad es un acto inherentemente político, es la 'lucha por el reconocimiento' de Hegel y el deseo de ser reconocidos en igual dignidad por otros (Fukuyama, 2012; Peña, 2020).

Esa pregunta política —la tensión entre Estado e identidades diversas— plantea dos cuestiones principales: cómo se logra el reconocimiento constitucional de minorías y cómo se lleva la participación en la vida pública de las minorías. Ambas implican romper con la aspiración liberal de la universalidad de la ley. Una aspiración que fue una conquista de la modernidad. Lo que en el medioevo eran regulaciones gremiales, fragmentadas, parcializadas, se deja atrás para dar lugar a la idea revolucionaria de que la ley es una para todos y todos somos iguales ante ella. La idea de que todos somos ciudadanos.

Sobre la primera de las cuestiones, el reconocimiento constitucional, quizás lo más problemático se da en el caso de los pueblos indígenas, puesto que se trata de colectivos. Por lo tanto, la pregunta no es solo por el reconocimiento sino también por los derechos. Lo primero es determinar el tipo de reconocimiento propiamente tal: ¿somos un país multicultural, intercultural, plurinacional? Jurídicamente, cada uno de esos conceptos tiene distintas implicancias. Lo segundo, y muy ligado a lo anterior, se refiere a determinar quiénes son los sujetos de los derechos: si los indígenas a nivel individual o si lo será el pueblo. En este último caso, se le reconoce así al grupo una agencia moral, reconociéndole derechos que no son transferibles o reductibles a derechos

individuales (Millaleo, 2017). Esto no es neutro. Para sus defensores, la libre determinación de los pueblos indígenas implica reconocer derechos colectivos, ya sean políticos (representación especial), culturales (lengua) o territoriales (tierras, recursos naturales, territorios). Ello se vincula a nivel general con los ideales del comunitarismo, la idea del bien provista por la comunidad. Para sus opositores, en cambio, los derechos colectivos podrían constituirse en amenazas para la libertad individual, especialmente cuando el colectivo tiene la facultad de coacción sobre sus miembros (Kymlicka, 1996).

Esta tensión entre individuo y grupo no es únicamente constitucional. Se da, por ejemplo, también respecto de los inmigrantes y la política de integración. Como señalábamos con anterioridad, habiendo dejado atrás el paradigma de la asimilación la pregunta es cómo se logra la integración de quienes llegan desde otros países a vivir a Chile. El punto es que aquí no se trata solo de políticas de integración individuales y de su diversidad (como la adaptación cultural en la forma de parir), sino que nos acercamos a la regulación que debe decidir si amparar o fomentar el ejercicio colectivo de esa identidad.

Un ejemplo ocurre en materia de vivienda. En Chile y en otros países, la prevalencia de 'ciudades portales', a las que llegan preferentemente los migrantes de una misma nacionalidad, es una manera de encontrar gente que habla su mismo idioma y que posee algún conocimiento transmisible acerca de la sociedad receptora, de la oferta pública, de los procedimientos burocráticos (Hernando, 2019). Se podría pensar que ello debe ser fomentado no por una preservación de la cultura por sí misma —una suerte de folklorización— sino, por lo que Kymlicka llama las "opciones significativas" a las cuales se puede echar mano cuando es necesario. El problema, sin embargo, ocurre cuando ello se convierte en segregación y en guetos. Las ciudades portales transformadas, con el tiempo, en trampas de pobreza, que ya no favorecen, sino que por el contrario, reducen la creación de capital social.



"Los niños de la toma Juan Pablo II, bajo el lente de Kena Lorenzini en 1987".

Acerca de la segunda cuestión antes planteada, la participación en la vida pública, el debate nos invita a pensar hoy cómo ello se logra en condiciones de igualdad. No se trata de que existan restricciones activas para la participación de ciertos grupos en la esfera pública, sino, más bien, de dar cuenta qué condiciones estructurales (que incluyen, por supuesto, la cultura) no permiten ejercerla de igual manera. Se trata entonces de responder a una situación de discriminación sistemática sufrida históricamente por grupos desventajados e invisibilizados, en la búsqueda de que puedan participar de manera activa del sistema político (Aninat y González, 2014).



“Retrato de machi tocando el Cultrún en 1946”

Quizás el ejemplo más visible de ello es la participación política femenina. La conquista del voto femenino, primero en 1934 para las municipales y en 1949 para presidenciales y parlamentarias, logró la participación de la mujer en la esfera pública. Ello se consiguió gracias al esfuerzo de décadas de mujeres organizadas en centros femeninos, clubes de señoras, círculos de lectura, asociaciones y partidos políticos (Eltit, 1994).

Setenta años después ya no se trata de si las mujeres podemos o no votar, sino de cómo lograr una participación lo más igualitaria posible. Estudios recientes muestran que, si bien en distintos ámbitos la proporción de mujeres en puestos de poder ha aumentado, en el mejor de los casos llegan a ocupar un cuarto de esos puestos (PNUD, 2020). Actualmente el 23% de los parlamentarios son mujeres, un porcentaje histórico que responde en gran medida a la incorporación de leyes de cuotas en el Poder Legislativo (PNUD, 2020). La reciente aprobación de la ley de paridad de género para un futuro órgano constitucional se enmarca, precisamente, dentro de este debate: cómo se logra de forma efectiva la participación en la vida pública de las minorías. En la misma línea, la idea de establecer representación especial para los pueblos indígenas en el Congreso —y en un órgano constituyente— escaños reservados para los pueblos indígenas.

Las demandas que durante el siglo XX tensionaron de distintas maneras la identidad ordenada por el Estado-nación, persisten con fuerza en el siglo XXI. A pesar de los avances en términos de derechos políticos, de acceso al poder y de la política social, las reivindicaciones identitarias continúan presionando la esfera pública. La fuerzan a abrirse, a dar cabida a la diversidad y a permitir su plena representación. El riesgo en ello es quizás olvidar que esa idea de que la ley es una para todos y de que todos somos iguales ante ella fue, en su momento, verdaderamente revolucionaria.

¿Cuántos y quiénes somos? Volveremos a preguntarnos una y otra vez en los años venideros. Probablemente la respuesta será aún más compleja que la que tratamos de entregar hoy. La esperanza está en que todas y todos contemos. Y en que todas y todos tengamos el espacio para definir lo que entendemos por ese “quiénes”.

“Retrato de la familia de Auristela Vásquez en 1879”



Los dibujos que acompañan este texto son de autoría de Sebastián Riffo Valdebenito, basados en fotografías de la colección del MHN, 2020. Tinta sobre papel.

PINTAR FUERA DE LAS LÍNEAS

Chile descentrado da cuenta cómo, a partir del último tercio del siglo XX, se desdibujaron las fronteras y los Estados nacionales, dándose paso a una compleja interacción de identidades individuales que conjugan nación con etnia, comunidades, política y movimiento. La nación se estructura así, como una pregunta, un debate político, en el que nos sabemos juntos, nos conocemos como proyecto, pero en el que emergen de los intereses y reivindicaciones variadas que intervienen en nuestra convivencia.

Comunicaciones

La *Aurora de Chile*, editada por fray Camilo Henríquez, fue el primer medio de comunicación de carácter nacional. Publicado desde 1812, el periódico logró sacar 58 números durante su año de vida, gran proeza considerando las dificultades de trabajar con una sola imprenta y con apenas dos extranjeros que sabían manejarla. No es fácil saber hasta dónde llegaron estos ejemplares ni cuántos lo leyeron. Sabemos que la ciudad de Valparaíso imploraba una imprenta para tener su propio periódico, pero esta no llegó hasta 1825.

Para lograr el avance de la palabra y la comunicación, el Estado tuvo que trazar un largo camino de cables. Primero para el uso del telégrafo en 1852, luego en 1879 con la llegada del teléfono, y más tarde con la primera transmisión radial en 1922.

Teléfono
Ericsson
Ca. 1900
Fierro y bronce
MHN 3-29950



Chile descentrado no necesita de imprentas ni cables, sino de conectividad. Hoy más del 80% de la población en Chile tiene acceso a internet y, por ende, tiene la opción de comunicarse con personas y medios de todo el mundo. En este sentido, la comunicación en la nación contemporánea es un diálogo que mantiene siempre la cercanía de lo local con los grandes procesos globales.

Símbolos y banderas



Bandera Rapa Nui

Textil elaborado en mahute y plumas MHN 197.

Fotografía: J.P. Turen 2020. Proyecto Fondecyt 1180052

En 1888, Policarpo Toro anexó Rapa Nui, o Isla de Pascua, al territorio chileno, y como símbolo de dicha incorporación izó la bandera nacional en un alto mástil. Atemu Tekúa, autoridad nativa de Rapa Nui, detuvo el acto diciendo: “Al levantar tu bandera no quedas dueño de la isla porque nada hemos vendido”. Así, sobre ella, mandó a poner su propio estandarte; el Te Reva Reimiro, símbolo de poder en la antigua tradición isleña, que puedes ver dentro de la vitrina.

El tiempo veló en el olvido la importancia del Te Reva Reimiro, así como la bandera Mapuche utilizada por lonkos y toquis a lo largo de la Guerra de Arauco. Pero la pregunta sobre la nación hizo emerger estos símbolos a finales del siglo XX. En 1992, por ejemplo, cuando se cumplieron los quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón a América, las comunidades indígenas del subcontinente cuestionaron la influencia de la cultura occidental y sus consecuencias históricas, y con esto, la idea de nación única y ligada al Estado. Desde allí en adelante, organizaciones como *Aukiñ Wall-mapu Ngulam* (Consejo de Todas las Tierras), concursó el diseño de *Wenufoye*, o bandera mapuche. En el año 2006 los Rapa Nui lograron la utilización oficial de su bandera, el mismo en que el pueblo Aymara utilizó la bandera de la *Wimphala* en Chile. O incluso, el peculiar caso de la bandera Kawésqar diseñada el 2012.

Lenguajes

Andrés Bello, uno de los juristas más influyentes en la construcción de la nación chilena y redactor del primer Código Civil, aseguró que el lenguaje es una forma de unirnos como compatriotas. Para él, la diversificación idiomática significaba un estorbo “a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional”.

Pero esta unidad tuvo caídos. Cinco lenguas originarias murieron a manos y olvido del idioma español a lo largo de la historia. En esta sala puedes escuchar yagan, kawesqar y selk’nam. Estas

Educación

tres lenguas que se pensaron extintas, aún luchan por conservar en vida algunas palabras.

Así como algunas lenguas ya no se usan, otras esquivaron el tiempo y claman hoy su permanencia. El mapudungun, el rapa nui, así como el aymara, encuentran hoy nuevas alternativas de revitalización lingüística para su uso y ser socializadas.

La educación tiene mucho que decir respecto del proceso transformador de la nación y sus sentidos. Entre los años treinta y cuarenta, por ejemplo, un amplio grupo de profesores, influenciado por las nuevas ideas educativas y psicológicas estadounidenses, se esforzó por implementar en Chile un sistema educativo inédito. Este valoró no solo conocimientos y habilidades universales, sino también la personalidad de los estudiantes. Su objetivo era “hacer una educación teniendo en cuenta los intereses vitales del educando, sus necesidades presentes, sus deseos inmediatos y un gran respeto a su naturaleza biológica”, como sentenció la *Revista de Educación* en 1929.



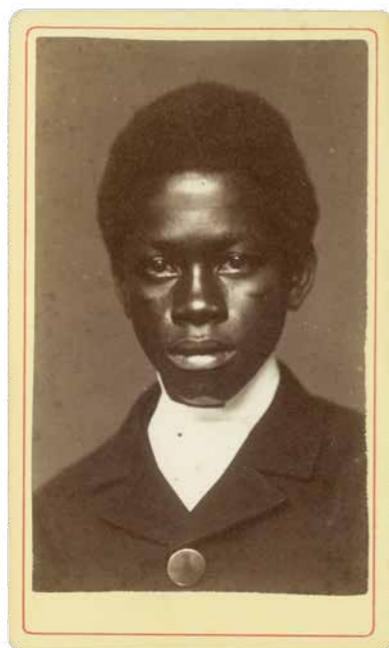
Sala de clases

José Muga
1960

Papel positivo monocromo
MHN fb-13484

Para los años cuarenta el Estado y la sociedad entendieron la educación como una herramienta fundamental de la democracia. El valor de la autodeterminación de los jóvenes se sobrepuso al proyecto de ser ciudadanos iguales. Fue este proceso, en parte, el que transformaría al estudiantado en un actor político de relevancia una década más tarde.

Migraciones



Retrato de niño
Guillermo Pérez
Ca. 1860-1880
Papel positivo monocromo
MHN fa-5032

Las cifras oficiales del Departamento de Extranjería junto con el Instituto Nacional de Estadística (INE), estiman que actualmente viven en Chile alrededor de un millón doscientas mil personas inmigrantes. Solo entre el 2017 y el 2018 su volumen aumentó en un 67,6%. De Chile, a su vez, un millón cuarenta mil compatriotas se han marchado a ser inmigrantes en otras tierras; hay extranjeros en Chile y chilenos en el extranjero. Con esto, se abre la pregunta sobre los contornos de la nación; ¿llega Chile hasta sus fronteras políticas o hay Chile donde hay chilenos?

Históricamente la migración es uno de los procesos que más ha transformado lo nacional. Las diásporas europeas después de la Primera y Segunda Guerra Mundial cambiaron la composición étnica de gran parte del mundo, así como a Chile. Junto con la Guerra Fría, este flujo se mantuvo en el tiempo. Hoy, el aumento demográfico, así como la crisis económica en Centroamérica y la inestabilidad política en algunos puntos del continente, ha derivado en una inmigración de carácter regional que se remonta a las últimas décadas.

Voluntario extranjero colaborando en industria textil, en 10° festival mundial de la juventud
Julio Troncoso Briones
1973
Papel positivo monocromo
MHN fc-8168



Cementerio Mapuche
Desconocido
Sin fecha
Papel positivo monocromo
MHN fc-3999



Ocupación de La Araucanía

*“Arauco tiene una pena
Más negra que su chamal
Ya no son los españoles
Los que les hacen llorar
Hoy son los propios chilenos
Los que les quitan su pan”*

Estos versos fueron escritos por Violeta Parra haciendo referencia a los trágicos hechos ocurridos entre 1861 y 1881. Se refirió a la Ocupación de La Araucanía, cuando el Ejército de Chile, al mando del general Cornelio Saavedra, traspasó la línea divisoria del río Biobío al Malleco. Luego el río Cautín y por el último el Toltén. Entre sus consecuencias estuvo la reducción de la población indígena en pueblos, quitándoles sus tierras para repartirlas entre soldados y colonos chilenos y europeos.

Frente a la avanzada del Ejército al Futalmapu, algunas comunidades optaron por la resistencia, mientras que otras negociaron con las autoridades chilenas. La dispersión territorial y política de sus habitantes, que durante la Conquista fue de gran ayuda, resultó un factor determinante en la penetración del Estado de Chile que, junto con el ferrocarril y el telégrafo, luchó por gobernar sobre la tierra Mapuche.

La sociedad mapuche, que a lo largo de los siglos XVII y XVIII puso a la tierra y sus personas al centro de su cultura, sufrió una profunda desarticulación. Uno de los aspectos más notorios de aquello fue su relación con la propiedad privada de la tierra y el tránsito sobre ella. Así lo recuerda Lorenzo Koliman en 1913:

“Después que se acabó nuestra independencia, se concluyó también este beneficio [libertad de movimiento]; lo que hemos conseguido con la civilización que dicen que nos han dado es vivir apretados como trigo en un costal”.

Así como la marcha, la memoria fue otra víctima de la avanzada. En esta cultura de carácter oral en la que la unidad del *lof* fue su principal transmisor, la muerte marcó en olvido la transmisión de personas y valores del *Futalmapu*. Lo relata así Koliman en la misma entrevista:

“En esos años se mataban mapuches como hoy se cazan pájaros. Los jefes i autoridades chilenas consideraban estas matanzas a modo de escarmiento. Sucedió lo contrario, pues los indios se enfurecían como toros bravos. De los mismos de lilpuille fueron otros Melin que tenían mucho mando por Purén, Lumaco i Paiguco. Esta familia mermó con el tiempo i de sus terrenos se apoderó el gobierno para rematarlos por hijuelas. No quedan descendientes de reputación i, por lo tanto, nadie se acuerda de ella”.

Diversidad sexual



*Colectivo Ayuquelén
"Somos lesbianas por opción",
en revista APSI
Desconocido
1987
Impreso sobre papel
Colección Memoria Chilena
MC: 0073959*

La homosexualidad en Chile fue penada desde tiempos coloniales y no dejó de serlo durante la consolidación de la República. El Código Penal de 1875, por ejemplo, castigaba con hasta tres años de cárcel a quien tuviera relaciones con alguien del mismo sexo. Este tipo de legislación estuvo más bien dirigida a hombres, porque la invisibilización del lesbianismo las mantuvo al margen incluso como problema nacional. Si bien en el siglo XX la ley no fue utilizada con recurrencia, las agrupaciones homosexuales no pudieron consolidarse como un actor político sino hasta su primera manifestación aquí mismo, en la Plaza de Armas, en 1973, en contra de la represión policial. Esta lucha sería agravada en los años ochenta por la llegada del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) a nuestro país. Este virus afectó principalmente a dicha población, la que despidió en diásporas y muertes a gran parte de sus miembros. Tras el fatal ataque homofóbico a Mónica Briones, se creó Ayuquelén en 1984, la primera organización política de lesbianas y feministas, quienes consideraban que el feminismo en dictadura también debía ser crítico de la heterosexualidad como norma.

*Grupo de hombres con ropa de
mujer, detenidos en Valparaíso,
1927, en revista Sucesos
Desconocido
1927
Impreso sobre papel
Colección Memoria Chilena
MC: 0073935*



Mujeres



*Volante Primer Congreso
Nacional del Movimiento
Pro-emancipación de la mujer
Laura Rodig
1937
Tarjeta postal, impresión en tinta
negra sobre papel
MHN 3-37410*

La nación Vertical fue de hombres, nadie pareció pensarlo de otra manera. Las mujeres eran chilenas, pero por el solo hecho de ser mujeres y provenir de 'otra naturaleza', como se creyó, no fueron ciudadanas con derechos sino hasta el siglo XX. Las mujeres estaban destinadas a otros caminos que no eran políticos. A desarrollar otras capacidades y otros gustos. Hoy discutimos si la conquista de esos derechos significó igualdad, ya que la senda para construir sus lugares y culturas propias ha sido largo. No fue hasta 1877, con el llamado Decreto Amunátegui, en honor al Ministro de Educación, Miguel Luis Amunátegui e impulsado por Isabel Le Brun, que las mujeres alcanzaron el derecho a la educación secundaria y universitaria. Y no fue hasta 1935 que participaron en elecciones municipales, y hasta 1952 en parlamentarias y presidenciales.

Estos objetos que presentamos muestran algunas de las muchas trayectorias, desde temprano en el siglo XIX, cuando mujeres de diversos orígenes, sectores sociales, creencias y sensibilidades, encontraron espacios de libertad para participar y descentrar esta nación masculina y normativa.

Constituciones

Chile tiene una larga tradición constitucional, probada desde el origen mismo de nuestra vida independiente. Ya en el primer proyecto de 1811, redactado por Juan Egaña, se definió que “todos los hombres nacen iguales, libres e independientes”. Lentamente, a lo largo de las décadas siguientes, ensayo tras ensayo, se fue perfilando una república representativa como el gobierno de todos.

Sin embargo, las constituciones son símbolos históricos que representan, cada una en su tiempo, la soberanía del pueblo, la unidad imaginada de la nación. Este hecho las dota de un carácter de emblema nacional, que se anida en nuestra conciencia y sentido de pertenencia a una comunidad política. Nos vinculamos también porque proyectamos la comunidad que queremos ser.

El momento que vivimos hoy es singular, aunque no es único. Preguntarse por una nueva Constitución es también la pregunta por la pertenencia y nuestros vínculos: ¿Cómo será el Chile en los próximos 50 años? ¿Cuáles serán nuestras futuras razones para estar juntos?



Medalla a la conmemoración de la Constitución de 1823

*Francisco Borja Venegas. Casa de Moneda de Santiago de Chile, 1823.
Plata acuñada. 27 mm. de Ø, 6,9 grs..
MHN 3-6465*

ANVERSO: Dentro de una corona de laurel una cadena de montañas con dos volcanes en erupción, sobre ella un gran sol radiante.

*REVERSO: CONS / TITUCION / POLITICA / DE CHILE / JURADA / Y PRO / MULGADA EN / 29 D DIC D / 1823, rodeado de una corona de laurel.
Medalla acuñada para celebrar la jura de la Constitución Política promulgada el 29 de diciembre de 1823.*



Medalla conmemorativa a la Jura de la Constitución de 1833

*Francisco Borja Venegas
1833
República de Chile
Casa de Moneda de
Santiago de Chile
Plata acuñada
34 mm de Ø
MHN 3-11278*

BIBLIOGRAFÍA

Albizú, Francisco. «Indígenas en Chile: entre el río, la ficción y la nación». *Babel*, n° 19 (2009): 93-120.

Aliste, Enrique y Núñez, Andrés. «Las fronteras del discurso geográfico: el tiempo y el espacio en la investigación social». *Chungará*, vol. 47, n° 2 (2015): 287-301.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

Aninat, Isabel y González, Ricardo. «Representación de los pueblos indígenas en el Congreso: preguntas a considerar». *Puntos de Referencia N° 376. Centro de Estudios Públicos*, 2014.

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México: FCE, 2010.

Bengoa, José. *Historia de los antiguos mapuches del sur: desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín: siglos XVI y XVII*. Santiago: Catalonia, 2003.

Bernabéu, Salvador. *Nombres para una isla: el pasado de Pascua-Rapanui a partir de topónimos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 2013.

Besse, Jean Marc. *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.

Bhabha, Homi. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.

Boccaro, Guillaume. *Los vencedores. Historia del pueblo*

mapuche en la época colonial. Santiago: IIAM, 2007.

Bonacic-Doric, Lucas. *Resumen histórico del Estrecho y la colonia de Magallanes*. Punta Arenas: Impr. La Nacional, 1939.

Cambell, Ramón. *Mito y realidad en Rapanui: la cultura de la Isla de Pascua*. Barcelona: Andrés Bello, 1999.

Capellá, Hugo. «Por los caminos de la identidad y el desarrollo regional». *Atenea*, n° 500 (2009): 75-90.

Carmagnani, Marcello. *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*. Santiago: Dibam, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones Barros Arana, 1998.

Cartes, Armando. *Bío-Bío una biografía histórica regional*. Concepción: Universidad de Concepción, 2014.

Castro, Nelson. «Ariki, catequistas y profetismo milenista. Rapa Nui 1882-1914». En *La Compañía Explotadora de Isla de Pascua: Patrimonio, memoria e identidad en Rapa Nui*, de C. Cristino y M. Fuentes. Santiago: Ediciones Escaparate, 2011.

Cea, Alfredo. «Isla de Pascua: origen, descubrimiento y anexión». *Revista Universitaria*, n° 23 (1988): 18-22.

Chapman, Anne. *Fin de un mundo: los Selk'nam de Tierra del Fuego*. Santiago: Taller Experimental Cuerpos Pintados, 2002.

Cortez, Abel y Mardones, Marcelo. *Constitución, 1794-1915. Astillero,*

Puerto Mayor y Balneario. Constitución: LOM, 2009.

Cristino, Claudio. «Colonialismo y neocolonialismo en Rapa Nui: una reseña histórica» En *La Compañía Explotadora de la Isla de Pascua. Patrimonio, memoria e identidad en Rapa Nui*, de C. Cristino y M. Fuentes. Santiago: Ediciones Escaparate, 2011.

Eltit, Diamela. *Crónica del sufragio femenino en Chile*. Santiago: Servicio Nacional de la Mujer, 1994.

Foucault, Michel. *Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.

Fukuyama, Francis. *The Challenges for European Identity*. The Global Journal, 11 de enero 2012. <http://www.theglobaljournal.net/group/francis-fukuyama/article/469/>

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método*. Barcelona: Sígueme, 1999.

Garcés, Eugenio [et. al]. *Tierra del Fuego: historia, arquitectura y territorio*. Santiago: ARQ, 2013.

Gómez, Alfredo; Ocaranza, Francisco y Prado, Claudia. «Construcción del espacio urbano y modelación social desde la "ciudad letrada": Santiago, Chile (Siglos XVI-XVIII)». *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, vol. 6, n° 12 (2014): 237-270.

Gongora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: La Ciudad, 1981.

Gutiérrez, Ramón. «Las misiones circulares de los jesuitas en Chiloé.

Apuntes para una historia singular de la evangelización». *Apuntes*, vol. 20, n° 1 (2007): 50-69.

Hanisch, Walter. *La isla de Chiloé, capitania de rutas australes*. Santiago: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, 1982.

Hernando, Andrés. «Es un largo camino todavía: inmigrantes, pobreza y vulnerabilidad social en Chile». En *Inmigración en Chile: una mirada multidimensional*, de I. Aninat y R. Vergara. Santiago: Fondo de Cultura Económica y Centro de Estudios Públicos, 2019.

INE. *Los Censos de la población en Chile y su evolución histórica hacia el Bicentenario: Retratos de nuestra identidad*. Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas, 2009.

Keller, Carlos. «Los orígenes de Quillota». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 61 (1960): 97-130.

Kymlicka, Will. *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós, 1996.

Latorre, Mercedes e Illanes, Claudia. *Registro de paisaje de una ruta escénica, ruta costera entre Caldera y Huasco*. Santiago: Tesis, 2014.

Laureani, Camila. «El Folklore en Isla de Pascua» *Revista Aisthesis*, n° 12 (1979): 47-56.

León, Leonardo. «Parlamentos y afuerinos en la frontera mapuche del río Bío-Bío (Chile), 1760-1772». *Fronteras de la historia*, n° 11 (2006): 87-119.

Loti, Pierre. *Isla de Pascua*. Santiago: LOM, 1998.

Maino, Valeria. «Las embarcaciones menores del Maule (1860-1896)» *Universum* (Universidad de Talca) (1996): 74-93.

Manríquez, Viviana. «De identidad e identidades. Una aproximación desde la etnohistoria a las identidades de las poblaciones indígenas del Partido del Maule en los siglos XVI y XVII». *Revista de la Academia IV* (1999): 119-135.

Martinic, Mateo. *Rey Don Felipe: acontecimientos históricos: una secuencia de la presencia humana en el sector central del estrecho de Magallanes*. Chile: Ministerio de Bienes Nacionales, 1931.

Millaleo, Salvador. «Los derechos políticos de los pueblos indígenas y la encuesta mapuche del CEP». En *El pueblo mapuche en el siglo XXI: Propuestas para un nuevo entendimiento entre culturas en Chile*, de I. Aninat; V. Figueroa y R. González. Santiago: CEP, 2017.

Molina, Raúl y Campos, Luis. «Confín geográfico, refugio indígena, pueblo de indios y etnogénesis en el Huasco Alto, (Chile)». *Revista de geografía Norte Grande*, n° 68 (2017): 123-140.

Morales, Luis. *Historia del Huasco*. La Serena: Universidad de Chile, 1981.

Navarro, Pedro. *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Neuquén: Centro de Estudios Patagónicos, Universidad Nacional de Comahue, 2007.

Núñez, Andrés. «Definiendo una geografía para la nación:

la resignificación territorial de Chile, siglos XVIII-XIX». En *Poder, territorialización y socialización en los orígenes del Estado-nación*, de Q. Bonastra y G. Jori. Barcelona: Icaria, 2013.

Núñez, Andrés [et. al]. «Silencios geográficos en Patagonia-Aysén: territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la nación en el siglo XIX». *Magallania* (2016): 107-130.

Núñez, Andrés; Sánchez, Rafael y Arenas, Federico. *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural*. Santiago: Geolibros-RIL Editores, 2013.

Núñez, Manuel Antonio. «Pueblos indígenas y su reconocimiento constitucional. Formas de autonomía territorial y no territorial». En *El pueblo mapuche en el siglo XXI: Propuestas para un nuevo entendimiento entre culturas en Chile*, de I. Aninat; V. Figueroa y R. González. Santiago: CEP, 2017.

Obregón, Jimena. «Concepciones hispanas en torno a un territorio disputado en Chile. Araucano-mapuches y españoles durante el siglo XVII». *Cultura y representaciones sociales*, vol. 2, n° 4 (2008): 72-93.

Peliowski, Amarí. «La conquista de la naturaleza: el imaginario arquitectónico de Alonso de Ovalle en el siglo XVII». *ARQ*, n° 94 (2016): 98-107.

Peña, Carlos. *Pensar el malestar: la crisis de octubre y la cuestión constitucional*. Santiago: Taurus, 2020.

Pizarro, Ivan. *Las identidades en el Norte Chico durante el siglo XVII: estudio sobre los indios churumatas del Valle del Elqui*. Santiago: Tesis, 2005.

PNUD. *Nuevo mapa del poder y género en Chile (1995-2018)*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2020.

Ponce de León, Carlos. «Quillota y su etnología durante la Colonia». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 50 (1954): 129-137.

Ramón, Armando de. «Los censos y el desarrollo agrícola de la región central de Chile durante el siglo XVII» *Revista Historia*, vol. 1, n° 16 (1981): 151-223.

Ramos, Juan. *Historia del Valle de Huasco*. Huasco Bajo y Vallenar: Ediciones Mediodía/ Ediciones Volantines, 2018.

Rojas, Ricardo. *Archipiélago: Tierra Del Fuego*. Obras Completas. Buenos Aires: Losada, 1947.

Rosales, Diego de. *Historia general del reino de Chile, flandes indiano*. Vol. II. Santiago: Andrés Bello, 1989.

Ruiz, Inmaculada y Sánchez, Raul. «Violence, Transgression and Common Goods in Copiapo (17th and 18th Centuries)». *Iztapalapa*.

Revista de ciencias sociales y humanidades, vol. 39, n° 85 (2018): 11-32.

Sanhueza, María Carolina. *Por los caminos del valle central de Chile: el sistema vial entre los ríos Maipo y Mataquito*. Santiago: DIBAM, 2018.

Skewes, Juan Carlos [et. al]. «Los paisajes del agua: naturaleza e identidad en la cuenca del río Valdivia». *Revista de Antropología Chilena*, vol. 44, n° 2 (2012): 299-312.

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América*. El problema del otro. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2012.

Todorov, Tzvetan. *Los usos de la memoria*. Santiago: Signos de la memoria, 2013.

Urbina, Rodolfo. *Gobierno y Sociedad en Chiloé Colonial*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha, Facultad de Humanidades, Valparaíso, 1998.

Urbina, Rodolfo. *La periferia meridional india*. Chiloé en el siglo XVIII. Valparaíso: Universitarias de Valparaíso, 2012.

Urbina, Ximena. *La frontera de arriba en Chile Colonial. Interacción hispano-criolla en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos 1600-1800*.

Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 2009.

Valenzuela, Jaime. «Indios urbanos: inmigraciones, alteridad y ladinización en Santiago de Chile (siglos XVI-XVII)» *Historia Crítica*, n° 53 (2014): 13-34.

Vega, Alejandra. «Asentamiento y territorialidad indígena en el partido del Maule en el siglo XVI». *Revista Historia*, vol. 32 (1999): 685-708.

Verdugo, Mario. «El país del Maule: corografías literarias y residuos geohistóricos». *Literatura y lingüística*, n° 32 (2015): 135-158.

Villalobos, Sergio. *Vida fronteriza en la Araucanía*. El mito de la guerra de Arauco. Santiago: Andrés Bello, 1995.

Zamorano, Paulina. «Prácticas de religiosidad en el mundo familiar y doméstico. Santiago, siglo XVIII: las imágenes religiosas "por lo que representan" y ¿cómo se presentan?» *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 14, n° 2 (2010): 173-215.

Zusman, Perla. *Tierras para el Rey. Tres fronteras y la construcción colonial del territorio del Río de la Plata (1750-1790)*. Barcelona: Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2000.

Chili et Patagonum Regio
(Chile y la región de la Patagonia)
Desconocido
Ca. 1579
Grabado sobre papel
MHN 3-40356



